



Vidas en la ciudad: ocho historias de conciliación

Gea21
Josefina Olza
Begoña Pernas
Marta Román
Isabela Velázquez

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	3
1. 1. Presentación.....	3
1. 2. ¿De qué ciudad hablamos?	4
1. 3. El nuevo fenómeno urbano.....	5
1. 4. Los círculos de la conciliación	7
1. 5. Metodología de la investigación.....	10
II. VIDAS EN LA CIUDAD: ESTUDIO DE OCHO CASOS	13
2.1. Escenarios de la conciliación.....	13
2. 1. 1. Pisos en barrios populares: supervivencia y conflicto.....	13
2. 1. 2. Los bloques de manzana. Pueblos y barrios en el imaginario madrileño...	16
2. 1. 3. Unifamiliares: colonos en la ciudad nueva.....	17
2. 2. Espacio, tiempo y conciliación.....	20
2. 2. 1. Abuelas	20
2. 2. 2. El empleo del tiempo.....	21
2. 2. 3. El calor del hogar y el frío dinero.....	22
2. 2. 4. La red de equipamientos.....	23
2. 3. El valor de las cosas: maternidad, trabajo doméstico y empleo	25
2. 3. 1. Amas de casa: mística del hogar y clase social	25
2. 3. 2. Realismo y decepción. Mujeres de ida y vuelta en el mercado de trabajo .	27
2. 3. 3. Conflicto y renuncia	29
2. 3. 4. Maternidad.....	30
III. CONCLUSIONES.....	34
IV. BIBLIOGRAFÍA.....	40

I. INTRODUCCIÓN.

1. 1. Presentación

La investigación que a continuación se presenta se ha realizado en el marco del proyecto EQUAL “Entre Cronos y Ceres” a lo largo del año 2007. La intención del estudio cualitativo ha sido comprender cómo una serie de mujeres y de hombres viven e interpretan, en su vida cotidiana, las contradicciones entre la vida laboral y la vida personal. El eje de la investigación es el impacto del espacio urbano sobre la vida cotidiana de los ciudadanos. A diferencia de otros estudios en torno a la conciliación de la vida laboral y familiar, centrados en la organización del trabajo, en las estrategias familiares para conciliar, o en el reparto y el uso del tiempo, en éste la variable fundamental es el espacio.

En el marco territorial de nuestro estudio, siete municipios de la Comunidad de Madrid, las personas realizan todas las actividades de su vida –desde las más privadas a las más públicas- en espacios urbanos. La calidad de los mismos cambia la vida cotidiana de los ciudadanos: pueden formar un continuo o una serie de fragmentos, tener calidad o estar en decadencia, resultar accesibles o lejanos, ser densos o poco habitados, ofrecer lugares de encuentro o sólo de tránsito, poseer o no servicios apropiados a las necesidades; cada uno de sus rasgos básicos cambia las posibilidades mismas del trayecto, no sólo en un sentido concreto, como desplazamiento entre un lugar y otro, sino como experiencia vital.

Y esta experiencia que el estudio intenta recoger tiene dos rasgos: es obstinadamente material, puesto que los habitantes de la ciudad tienen cuerpos, obligados a desplazarse, a realizar una actividad tras otra, a competir por el espacio, a sentir frío y calor, cansancio o placer. Y al mismo tiempo (y por ello mismo, cabría decir) es asombrosamente lírica. Muchos ejemplos valen para ilustrar esa dualidad: una decisión social tan repetida como la compra de una vivienda aparece guiada por criterios prácticos -el precio, el tamaño- pero sobre todo por un conjunto de deseos e imágenes sociales que de pronto se condensan en modelos nuevos de ciudad. El orgullo de colonos de los moradores de casas unifamiliares en el municipio de Rivas es característico de esa condensación. Pero también es lírico el deseo de buscar la casa de la infancia, que se ha convertido en símbolo de la estabilidad emocional perdida para una informante de Fuenlabrada.

En la experiencia de la ciudad se cruzan una infinidad de temas y de preguntas, cada vez más densas, por lo que este estudio sólo pretende empezar a organizar y a plantear algunas cuestiones y distinciones que pueden ayudar a entender mejor de qué hablamos cuando hablamos de ciudad y conciliación. Somos conscientes de sus limitaciones. La historia de ocho familias difícilmente puede dar cuenta de la variedad sociológica y humana de la ciudad actual. Más cuando participan en el estudio siete municipios con pasados, composición y evolución tan diferentes.

Y ello en una ciudad en transformación donde las categorías clásicas deben ser usadas con prevención, a la espera de que la realidad social las vacíe definitivamente o las

complete con una nueva vida. La precariedad de términos antes tan sólidos como ciudad, trabajo o familia, centrales en este estudio, muestra las dificultades de cualquier análisis. Al mismo tiempo, nuestra dificultad teórica es solidaria de la dificultad que encuentran las personas para vivir vidas con sentido en un mundo tan mudable. El valor con que lo afrontan merece que intentemos comprender su complejidad vital y sus contradicciones.

1. 2. ¿De qué ciudad hablamos?

Antes de presentar a los personajes de este estudio, es necesario decir algo sobre el escenario en el que se desarrollan sus vidas. El conjunto de municipios que participan en el proyecto forman, junto con otros igualmente importantes, la región metropolitana de Madrid. Ésta se caracteriza por configurar un espacio de seis millones de habitantes, en el que cada municipio conserva una fuerte personalidad, por su historia, por su conformación y por la identidad que le atribuyen sus habitantes. A la vez, todos tienen en común un crecimiento intenso, en habitantes y en espacio urbanizado, desde un origen común de pueblos transformados por la tardía revolución industrial española.

Su historia es la de un doble movimiento, ahora completado con un tercero: en primer lugar, el de los emigrantes del éxodo rural, llegados a la ciudad en los años sesenta y sobre todo setenta, que permanecen en los pueblos que rodean Madrid convertidos en núcleos industriales o en ciudades dormitorio: es el caso de Torrejón, Getafe, Parla o Fuenlabrada. Éstos son también los municipios más grandes, desde los 195.000 habitantes de Fuenlabrada o los 160.000 de Getafe, a los 100.000 de Torrejón y Parla. Son también los más maduros demográficamente.

El segundo movimiento, de dentro hacia afuera, lo emprenden las familias que a finales de los ochenta y hasta hoy abandonan Madrid u otros centros urbanos, buscando vivienda más barata o más adecuada a sus necesidades, siendo Rivas, Arganda y Valdemoro casos paradigmáticos de este movimiento. Aunque con poblaciones más reducidas, en torno a los 45.000 habitantes, su crecimiento ha sido intenso, alcanzando el récord del 36% anual de Rivas entre 1986 y 2005.

El tercer movimiento es el de la inmigración extranjera que también se instala en estos municipios, formando ya alrededor del 15% de la población censada, el 20% en Arganda, lo que se explica por una actividad industrial importante que da trabajo a un tercio de la población local.

Por lo tanto, son rasgos comunes de estas ciudades el crecimiento y la movilidad de su población, con muchos recién llegados, lo que las convierte en lugares más jóvenes, con menos raíz que la ciudad tradicional. La juventud de sus habitantes se observa en todos los datos que pintan una población con predominio de parejas que trabajan, con uno o dos hijos. Las tasas de actividad son altas, superiores a la media de la Comunidad de Madrid, situada en el 61%, pero destaca Rivas, con una tasa del 75%, seguido por Valdemoro con el 69%. En cuanto a la actividad femenina oscila entre el 48% de Getafe y el 59% de Rivas Vaciamadrid. De modo que la necesidad de conciliar familia y trabajo es fundamental para una mayoría.

1. 3. El nuevo fenómeno urbano

Desde un punto de vista más teórico, los municipios estudiados forman parte del fenómeno urbano que diferentes autores han intentando definir en los últimos años. Son incontestablemente urbanos (aunque algunos núcleos conserven una morfología e incluso relaciones de pueblo), por su tamaño, por su vocación política, pero sobre todo porque su cultura y sus relaciones económicas y sociales lo son. Los elementos propios de la ciudad, el anonimato, las relaciones de intercambio, la diferencia entre ámbitos públicos y privados, están presentes, y sobre todo la movilidad, que es el eje de la cultura urbana moderna.

Movilidad que tiene muchos sentidos: movilidad de las parejas que se trasladan de su barrio original para comprar una vivienda en un “desarrollo” nuevo; movilidad de los trabajadores que realizan trayectos diarios para acudir a sus puestos, la mitad utilizando el coche para ello; de las amas de casa que cumplen con responsabilidades en diferentes lugares dentro de sus municipios, de los extranjeros que diariamente llenan los trenes de cercanías, de las abuelas que se trasladan a las casas de sus hijos para ayudarles con los niños, de esos mismos niños que se mueven en transporte escolar, de jóvenes que visitan municipios vecinos y centros comerciales descentrados, etc.

La movilidad, a la que nuestra cultura atribuye un carácter vital, es para la mayoría de las personas una obligación poco poética, pues sus causas son estructurales y urbanísticas. Las personas se mueven porque se han producido varias desconexiones: entre espacios y funciones de la ciudad; entre necesidades que cubren instituciones o servicios distantes entre sí; entre responsabilidades privadas que exigen cercanía y obligaciones productivas a distancia; entre capital y trabajo que se han puesto ambos en movimiento.

De ahí que para definir la nueva ciudad se hable de “dispersión” o “difusión”, de “lo urbano” (Delgado, 1999), de “edge city” (Garreau, 1991), siendo éstos algunos de los términos que buscan describir y al mismo tiempo explicar lo que se percibe como una novedad histórica, al menos en países mediterráneos. La ciudad ha perdido sus rasgos de centralidad, densidad y continuidad a la vez que perdía sus límites, y otras son ahora sus características. La clásica definición de ciudad de Wirth (1988) como un “asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” no describe los espacios que habita en la actualidad la mayor parte de la gente.

Indovina (1998) habla de ciudad difusa para referirse a la falta de organización del territorio y a la falta de coordinación desde un centro entre municipios que crecen a su guisa; pero también se ha hablado de la ciudad dispersa (Monclús, 1998) para describir el consumo territorial como base del crecimiento, a impulso de la creación de infraestructuras para el automóvil y de la zonificación de los usos urbanos.

Como explica Francesc Muñoz (2005), el espacio actual es incomprendible sin la dimensión temporal. Pues se produce en las áreas metropolitanas “un uso extensivo del suelo, pero intensivo del territorio”. Es decir, la movilidad de la población y la fragmentación de los tiempos vitales hacen que el actor básico de la ciudad sea el usuario de los espacios urbanos: no hay sólo pobladores o residentes, o al menos esas

categorías no explican ya por sí mismas la geografía de la ciudad nueva, sino transeúntes, *commuters*, turistas, consumidores, inmigrantes, personas que utilizan diferentes espacios de forma escalonada o superpuesta a diferentes horas del día y de la semana. La densidad de la maraña de trayectos y relaciones que forman con sus vidas sustituye a la densidad física y corpórea de la vieja ciudad, pues en la ciudad actual las personas pueden usar los mismos territorios de forma diferenciada e incluso sin estar presentes (comprando por internet, por ejemplo).

De ahí que la geografía y la antropología hagan renovados esfuerzos por discutir la relación entre “lugares” (que poseen un significado atribuido socialmente) y espacios (indeterminados, cargados sólo de distancia). En palabras de Claudia Barrios (2000) lo que existe actualmente son “superposiciones cada vez más notables de tiempos, de formas y de dinámicas que contribuyen a que los “lugares” de nuestro tiempo disten notablemente de ser esos ámbitos geográficos en los cuales es posible descubrir significados fijados a territorios”. Una nueva desconexión que añadir a las anteriores.

El último rasgo importante que hay que citar para situar nuestro estudio es el cambio en las jerarquías históricas entre centro y periferia. Los cambios en el papel de las ciudades en un mundo de economía global -frente al predominio histórico de los mercados nacionales-, son notables y muy complejos (Castells, 1995, Sasken, 1991), pero baste recordar que han trastocado la relación entre centro y periferia. La ciudad dominante del capital y sus suburbios del trabajo (polígonos, ciudades dormitorio, barrios obreros) ha dejado lugar a un mundo multipolar, donde la Historia pesa y pervive, pero también libera a los diferentes lugares de sus connotaciones clásicas. Como suele ocurrir, esa “libertad” es también una desconexión: la ciudad del capital se alía con otras ciudades en la red global y no necesita para su expansión a los barrios obreros. Éstos pueden formar parte de nuevos estilos de vida de “clase media” o verse relegados a la categoría de barrios en crisis, es decir desconectados de los mercados centrales de trabajo y consumo.

En cada ciudad nueva se rehacen las relaciones de clase a otro nivel y con formas de vida aparentemente uniformes, por lo que la lectura social de la ciudad se vuelve enormemente compleja, y puede parecer invisible. Al desaparecer esta jerarquía, como recuerda Muñoz, desaparecen otras: la que diferencia producción y reproducción (trabajadores varones y mujeres amas de casa); público y privado; ciudad y territorio.

O mejor dicho, no desaparecen, pues las esferas citadas y su valor relativo siguen existiendo, no se han igualado o fusionado sino que han perdido relevancia y centralidad para explicar el mundo y la vida de las personas. Lo interesante es que sigue habiendo relaciones de clase y de género, pero con grandes diferencias internas y manifestaciones fragmentarias, mientras otras relaciones se suman a las anteriores. Un ejemplo: las tareas de mantenimiento son realizadas cada vez más por una población de hombres y de mujeres (sobre todo de mujeres cuando se trata de mantenimiento de los hogares) inmigrantes. Dicho trabajo no ha desaparecido, obviamente, pero la posibilidad social de pagarlo –que se basa en la relación centro/periferia entre países- ha liberado a muchas mujeres autóctonas de tareas y trabajos que antes asumían, permitiéndoles una mayor dedicación al trabajo remunerado. La “solución” social parece curiosamente un traspaso entre mujeres: las de fuera cuidan las casas de las de dentro, dejando a sus hijos al cuidado de otras mujeres de su familia, etc. Lo asombroso de esta desigual y muy

globalizada cadena de mujeres es precisamente eso, que mantenga intacta la estructura de poder social y los roles de género¹.

Todo ello hace que los viejos conceptos y visiones sirvan para explicar sólo parcialmente los cambios en curso. Pero no hay que confundir la realidad y la teoría, aunque esta última sea nuestro único asidero. Sigue siendo necesario comer, cuidar, desplazarse, buscar sentido. Las amas de casa siguen limpiando las casas; mujeres y hombres tienen posiciones diferentes en el mercado; una nueva clase cosmopolita hace uso de la globalización mientras las clases medias y bajas buscan su lugar en un mundo menos estable, etc.

De ahí que sea necesario pensar en cómo se cubren diferentes necesidades y obligaciones en la ciudad actual, para aproximarnos al debate en torno a la conciliación.

1. 4. Los círculos de la conciliación

Si la dualidad público/privado, definida por el contraste entre dos dominios de acción social que se correspondían tradicionalmente con espacios diferenciados, tiempos jerarquizados y roles definidos, está en crisis, es necesario buscar otras categorías de análisis. Pues mientras hombres y mujeres asumían tareas diferentes, de igual importancia aunque no mismo valor social, no se hablaba de conciliación. De hecho, puede decirse que la sociedad industrial utilizó y parasitó la diferencia de poder entre hombres y mujeres para sus fines. Dispuso durante muchos años – y aún dispone en gran medida- de trabajadores varones con una vida familiar estable y las necesidades vitales y psicológicas cubiertas gracias al trabajo no remunerado de las mujeres, mantenidas a su vez por el salario familiar. Dicha estructura daba estabilidad al sistema y era eficaz para la producción, pero era injusta y rígida. Al romperse por la acción combinada de las necesidades productivas de mayor población activa y por el deseo de emancipación femenina, la conciliación de las necesidades personales y familiares y el trabajo fuera del hogar se ha convertido en un tema central de las políticas europeas.

Uno de los efectos es que se han multiplicado los actores de la conciliación, de ahí que la polaridad no sirva para dar cuenta de ella, y que sea práctico empezar a pensar con otras figuras geométricas. La geógrafa Marta Román propone hablar de los círculos de la conciliación. Para la autora cualquier necesidad humana –cobijo, alimento, cuidado, descanso, diversión, etc.- puede satisfacerse en uno o varios de los círculos con los que representa las esferas sociales: la familia, nuclear y extensa, las relaciones sociales próximas (vecindario, asociaciones voluntarias, etc.); la producción y el mercado; el Estado y el último círculo que forma el espacio urbano. Si tomamos la salud como ejemplo, observamos que los cuidados pueden realizarse en el hogar, o bien en un sistema público o privado sanitario; pero también influye enormemente en el bienestar la calidad de las relaciones con que se cuente y el entorno físico y ambiental en el que se viva.

¹ Para explicar este fenómeno se habla de “globalización de la reproducción”, de “Internacional de los cuidados” y otras expresiones que describen una nueva realidad transnacional que demuestra, mejor que nada, que la producción doméstica siempre ha sido un sector económico tan estructurado y tan potente como la producción industrial.

En las diferentes clases sociales, tradiciones nacionales y momentos vitales e históricos, el equilibrio entre estas esferas cambia. En España es notable la importancia de las familias en relación con el cuidado de las personas dependientes, puesto que los sistemas públicos cubren sólo una parte pequeña de las necesidades. Algunas veces no existen recursos suficientes para equilibrar las esferas, como pasa con las guarderías públicas, cuyo rol cumplen en nuestro país las madres y las abuelas (es decir el círculo de la familia extensa); en otras ocasiones, la naturaleza de los cuidados requeridos desaconseja el uso de sistemas públicos masivos: el cuidado de personas dependientes o enfermas crónicas se realiza mejor en los hogares, pues exige intimidad y afecto, pero además los costes de ofrecer el mismo cuidado fuera de los hogares son enormes. Cuando la familia tiene dinero, recurre al mercado en forma de servicio doméstico o residencias; cuando no es así, los parientes y sobre todo las mujeres asumen una carga de trabajo rara vez valorada en su importancia social y nunca remunerada. De ahí que la nueva Ley de dependencia sea un primer intento de reequilibrio, o de cooperación entre esferas, otorgando visibilidad y ayudas públicas a los servicios que se realizan en los hogares.

Cristina Carrasco (1995) lo explica con otros términos: el capitalismo tiene dos sistemas de producción, industrial y doméstico, y uno de redistribución, la esfera pública. Para asegurar la supervivencia, las personas cuentan con tres medios: las rentas del trabajo, el trabajo doméstico y los servicios de la administración. Su peso relativo en la supervivencia es diferente según la clase social y el momento vital.

Algunos de los equilibrios entre círculos (o tipos de rentas en términos de Carrasco) son conocidos y han sido analizados. El peso relativo de familia y Estado en las prestaciones y servicios, por ejemplo. O la relación entre el trabajo productivo (sus horarios y exigencias) y la natalidad. En este último aspecto la solución a la contradicción se ha resuelto en España por “reducción de objetivos” según el término de Mercedes Ángeles Durán, es decir reduciendo el número de hijos y retrasando el nacimiento del primero. Pero también renunciando a la carrera profesional o adaptando la búsqueda de empleo a las necesidades de la familia (horario, proximidad, condiciones, etc.).

La importancia y el peso del círculo exterior, el que forman los espacios donde realizamos todas las actividades sociales, ha sido menos analizado, como si fuera un escenario tan irreductible y natural como el clima de una región o su morfología. Y sin embargo, afecta tanto como las otras esferas a la posibilidad de conciliar necesidades. Es evidente para cualquier observador cómo influye en la vida cotidiana poder llegar a pie a los equipamientos básicos, incluido el comercio, o tener que desplazarse en transporte público o privado; vivir cerca o lejos del trabajo; tener espacio en la vivienda o no; vivir en un entorno rico en relaciones vecinales o en lugares con poca vida social.

El espacio afecta a las soluciones citadas pues genera proximidad o lejanía entre las esferas: ¿vivimos cerca o lejos de la familia extensa? ¿Hay servicios mercantiles en nuestro entorno? ¿El barrio facilita las relaciones vecinales?, etc. Pero también redefine la necesidad misma. Si un niño puede ir caminando o en bicicleta al colegio, no sólo aumentará su autonomía y se reducirá en paralelo la carga de trabajo de quien se ocupa de él, sino que mejorará su salud y autoestima. Al mismo tiempo, que un niño pueda ir andando al colegio es un indicador de otros aspectos urbanos y sociales: significa que hay trayectos seguros, que la vida social es rica o al menos suficiente, que los equipamientos están relativamente cerca de las zonas residenciales, etc. Pues lo que

caracteriza los círculos es su interdependencia. Cada pieza que se mueve afecta al conjunto, creando reacciones sistémicas en la vida social.

El espacio es al mismo tiempo condicionante estructural, causa o solución directa de problemas de conciliación e indicador de otras relaciones. Su importancia evidente no ha dado lugar a investigaciones sistemáticas, cuantitativas y cualitativas, sobre el tipo y alcance del impacto de las modalidades urbanas en la vida de las personas. En un área metropolitana donde florecen los nuevos desarrollos, la vivienda unifamiliar, las nuevas urbanizaciones, y donde impera un intenso desarrollismo urbano, no se ha estudiado suficientemente qué estrategias inventan las personas para combinar aspectos diferentes de sus vidas. Al desconocerse su impacto, el urbanismo sigue fuera de las políticas enfocadas a mejorar la conciliación. Y las soluciones siguen siendo privadas, intuitivas y adaptativas a un entorno que crece y se transforma a impulsos a menudo ajenos a las necesidades concretas de sus moradores.

1. 5. Metodología de la investigación

La intención de la investigación cualitativa es conocer y analizar en profundidad una serie de casos elegidos por su significación para comprender el efecto que tiene sobre la conciliación entre trabajo y familia el entorno habitado. Para distinguir en la maraña de cambios y variables que configuran una ciudad, inabarcables por definición, hemos tomado unos rasgos visibles y relativamente homogéneos de la estructura urbana. La variable que nos ha permitido organizar la información es la tipología urbana, completada con el nivel de renta del barrio. Es decir, hemos elegido tres entornos diferentes, y buscado para cada uno de ellos al menos dos informantes que estuvieran dispuestas a participar en el estudio.

Las tipologías elegidas son tres: en primer lugar, bloques de vivienda de renta media o baja en los centros o muy cerca de los centros urbanos (Fuenlabrada y Valdemoro); en segundo lugar, pisos en bloques de manzana en los nuevos desarrollos para rentas medias (Fuenlabrada y Torrejón); el tercer espacio estudiado es el que forman unifamiliares con diferente tamaño y nivel social, siendo las elegidas áreas de Getafe, Rivas Vaciamadrid y Valdemoro. No hemos estudiado los centros históricos, por ser más conocidos y porque en los municipios que participan tienen poco peso poblacional. Una vez seleccionados los barrios, buscamos ocho mujeres que tuvieran familia y trabajaran o quisieran hacerlo. En cinco casos, se realizaron entrevistas con sus parejas. De este cruce entre variables espaciales y sociales surge la siguiente Tabla que resume los casos.

Informantes	Municipio	Tipología	Situación familiar	Situación laboral
Caso 1. Lucía	Fuenlabrada	Bloques de renta baja cerca del centro	Separada con tres hijos pequeños	Desempleada
Caso2. Laura	Valdemoro	Bloques de renta media cerca del centro	Casada con dos hijos pequeños	Desempleada
Caso 3. Carmen Pablo	Torrejón	Bloques de manzana de renta media	Casada con un hijo pequeño	Trabaja (funcionaria)
Caso 4. Ana Francisco	Fuenlabrada (La Serna)	Bloques de manzana de renta media	Casada con tres hijos, sólo uno pequeño	Trabaja (empresa privada)
Caso 5. Mercedes Luis	Rivas Pueblo	Chalet en zona de renta media	Casada con un hijo	Trabaja (autónoma)
Caso 6. Clara Jorge	Rivas urbanizaciones	Chalet en zona de renta media alta	Casada con dos hijos	Trabaja (Empresa pública)
Caso 7. Elisa Ángel	Valdemoro	Chalet en zona de renta media alta	Casada en segundas nupcias, con dos hijos independientes	Trabaja (funcionaria)
Caso 8. Sara	Getafe (Sector tres)	Chalet en zona de renta media	Casada con un hijo y suegra a su cargo	Trabaja (funcionaria)

La tipología urbana elegida no es exhaustiva. A nuestro favor juega la homogeneidad que el mercado de la vivienda, las normativas en urbanismo y las formas de construir actuales otorgan a los nuevos barrios. A menudo resulta imposible distinguirlos. Juega también el hecho de que se trata de formas de habitar relativamente nuevas en nuestro país por lo que no han tenido la oportunidad de diferenciarse entre sí.

También existe un sesgo en la edad de las informantes, con una media de 42 años, lo que se explica por la edad tardía del primer hijo en España y por la forma de selección. Perdemos en parte la visión de mujeres más jóvenes, que probablemente aporten otra relación con el trabajo remunerado, pero a cambio ganamos en experiencia vital que recoge cambios importantes de nuestra sociedad.

El sesgo más evidente se produce en relación con el empleo. De las seis mujeres que trabajan (puesto que dos están en paro), tres son funcionarias y una cuarta trabaja en una empresa pública. Sólo dos trabajan en el sector privado. De nuevo, el método de búsqueda, a través de los ayuntamientos, ha influido excesivamente. La única virtud de este sesgo es que, efectivamente, el empleo público es el preferido por muchas mujeres, en parte por las facilidades que ofrece para la conciliación. Sólo podemos advertir que la situación en empresas o servicios privados será en todo caso más complicada.

Es evidente que cruzando otros datos con mayor finura (madurez del barrio, renta y precio de la vivienda, población activa femenina, tipo de empleo, etc.) nuestra matriz de posiciones socio espaciales hubiera resultado mucho más completa. Pero las limitaciones del estudio y su carácter exploratorio nos aconsejaron centrarnos en rasgos generales para intentar más adelante matizar las conclusiones. Nuestra intención no ha sido medir el impacto de la tipología del barrio sobre la forma de conciliar, sino mostrar que esta influencia existe, que sus efectos son ambivalentes y que su análisis ilumina otros temas del mayor interés para la investigación social y para las políticas públicas.

La técnica utilizada ha consistido en realizar una serie de entrevistas en profundidad a ocho familias, con un enfoque de Historia de vida. Esto nos ha permitido comprender varios aspectos centrales: la historia personal, educativa, laboral y residencial de cada miembro de la familia, puesto que se ha entrevistado en todos los casos a la mujer y en cinco ocasiones también a su pareja. Hemos podido analizar los cambios por los que habían pasado, entender cómo y por qué tomaron las decisiones principales de su vida (tener hijos, cambiar de casa, buscar un trabajo, etc.), sus expectativas vitales y su grado de realización, las concesiones y logros en relación con las diferentes facetas de su vida.

Las entrevistas permiten conocer la narración vital y también el día a día de los informantes: cómo se organizan, cuál es su empleo del tiempo, quién hace qué en el hogar, cómo viven la negociación entre la pareja y entre esferas de la vida. Al realizar varias entrevistas en los entornos vitales de las y los informantes, en diferentes momentos y a menudo acompañándoles en sus actividades cotidianas, se ha obtenido al mismo tiempo la objetividad de la observación y el contraste del discurso. Dónde y cómo viven las personas no siempre se corresponde con lo que dicen o piensan de sus vidas y en esas fisuras, en sus justificaciones y negaciones se encuentra gran parte del análisis.

Como sucede casi siempre en los estudios cualitativos mucha de la información obtenida desborda el marco del análisis y no se incorpora como tal. Es imposible hablar de la conciliación sin hablar de historias íntimas, pareceres y sentimientos que abarcan mucho más que las preguntas de la investigación. Pero es esa abundancia misma la que permite situar y matizar, y sobre todo interpretar los elementos que nos hemos propuesto comprender. A diferencia de las técnicas cerradas, la observación y la entrevista aportan nuevas preguntas y sorpresas con las que el investigador puede sentirse abrumado. Tienen la enorme virtud de cogerlo por sorpresa, obligándole a replantearse sus hipótesis y a revisar sus puntos de vista. Que luego intente recomponer un orden, perdiendo parte de la riqueza de la vida social, no es más que la limitación de toda interpretación. La fidelidad a la riqueza social que aportan los informantes no haría sino devolver al lector la responsabilidad de orientarse. De ahí que este estudio intente, a pesar de sus limitaciones, aportar una interpretación general sobre la cuestión previa, la relación entre la ciudad y la conciliación, o al menos una serie de conclusiones que faciliten el camino de las siguientes investigaciones.

II. VIDAS EN LA CIUDAD: ESTUDIO DE OCHO CASOS

2.1. Escenarios de la conciliación

En un primer momento, es necesario describir los tres entornos urbanos que hemos elegido como escenarios de las vidas. Lo haremos utilizando las narraciones y percepciones de las y los informantes, puesto que no pueden distinguirse los entornos físicos de la percepción que sobre ellos tienen sus habitantes. El segundo aspecto tratado será el de la conciliación, qué estrategias utilizan las personas para combinar aspectos de su vida o resolver contradicciones. El tercer tema de análisis nos llevará a comprender, más allá de los arreglos prácticos, qué valor otorgan las personas a las diferentes facetas de su vida. A continuación se intentará unir estas tres dimensiones en una serie de conclusiones generales sobre la relación entre el espacio urbano y la conciliación.

2. 1. 1. Pisos en barrios populares: supervivencia y conflicto

Lucía es una mujer joven, a punto de cumplir 28 años, separada de un marido que tiene una orden de alejamiento por maltratarla, con tres hijos, una niña de ocho años de una primera pareja y dos gemelos de cinco años de la segunda. Se encuentra en paro, realizando un curso del INEM y se mantiene con la escasa pensión que le pasa su ex pareja, alguna igualmente escasa ayuda social y el apoyo fundamental de su propia madre. Está en el extremo del arco social que dibujan los ocho casos. Aparentemente acumula problemas y dificultades, y sin embargo, además de mostrar un gran espíritu de lucha, tiene problemas comunes a muchas mujeres.

Madres jóvenes, mujeres solteras o separadas con cargas familiares, hogares monoparentales: en muchos casos encontramos a mujeres con poco nivel educativo, que luchan por su independencia en un mercado que penaliza a las personas con hijos, sobre todo en empleos poco cualificados, con largas jornadas, a menudo partidas y turnos variables. Por no hablar de salarios que no les permiten buscar ningún tipo de ayuda remunerada y a veces ni siquiera vivir por su cuenta. La importancia de la formación para optar a trabajos con mejores condiciones, la dependencia de servicios públicos de calidad y la importancia del entorno familiar y social son rasgos comunes a las mujeres en esta situación.

Lucía tiene una historia residencial repleta de inestabilidad. Sus padres se separaron cuando tenía tres años y su madre cambió de casa muchas veces. Ella se escapó de casa a los dieciséis años por un conflicto con la pareja de su madre, vivió con un novio con el que tuvo a su hija, se separó, buscó trabajo, se unió a otro hombre con el que cambió tres veces de casa, se quedó embarazada de gemelos, se separó de nuevo, y en todo momento no dejó de buscar un piso en Fuenlabrada que le recordara por su distribución a la casa de su primera infancia, donde fue feliz: *“Yo buscaba una casa como la que yo perdí.”*

Actualmente reside con sus tres hijos en un piso de cincuenta metros que compró con su ex marido y cuyo uso le corresponde. Tiene la estructura del piso soñado, pero se ha cargado de malos recuerdos por la relación con su ex pareja. En todo caso, a pesar de la carga de emoción que Lucía atribuye a sus decisiones, está en el lugar más práctico para ella: se trata de un barrio de bloques de viviendas de tres alturas, con casi treinta años de antigüedad, con problemas de mantenimiento, pero consolidado. Eso significa que además de estar a diez minutos caminando del metro y la estación de tren, tiene el parque, el colegio, el centro de salud, el comercio de todo tipo a un paso. Lucía no dispone de coche y lo hace todo a pie.

Se trata de un barrio trabajador, con una vida vecinal rica, sobre todo en rumores y conflictos. Sus límites se definen con claridad, porque cuando vienen los del barrio de al lado “se pegan”. Lucía vive anclada en el barrio y no sale de Fuenlabrada, pues su situación material le impide cualquier movilidad, y tampoco la desea. “*Fuenlabrada es mi vida*”, dirá. Se mueve en un espacio muy limitado, pero rico en relaciones. Su relato se llena de terceros: envidiosas madres de otros niños con las que discute, vecinas que bajan a charlar o le traen el pan cuando tiene un niño enfermo, policías tutores que observan su situación de maltrato e intervienen de oficio, amigas del barrio a las que peina o que le compran ropa, etc.

Lo que no quiere decir que idealice el barrio: sus términos son casi siempre negativos, e insiste en que el ambiente es malo, hay cotilleo “*Estoy en boca de todo el mundo*”, envidias, vecinas que pasan de ser maravillosas a egoístas. Es evidente que Lucía no vive aislada, aunque sí expuesta a múltiples intervenciones. Éstas le facilitan la vida e incluso la protegen –los vecinos la avisan si ven a su ex pareja cerca, por ejemplo-, y al mismo tiempo la obligan a vivir en un estado de batalla permanente por conservar su individualidad, que ella valora por encima de todo.

Laura no podría tener una historia más diferente y sin embargo, las condiciones materiales de su vida y el espacio donde habitan han reunido a estas dos mujeres en el análisis. Nació en Ecuador, en una familia de profesionales acomodados, tiene estudios de Historia, Arqueología y Restauración, y vino a España con una beca en torno a la celebración del Quinto Centenario. Conoció entonces al que sería su marido y decidieron casarse. Durante años estuvieron yendo y viniendo, entre Quito y Madrid, según las oportunidades de trabajo y de estudio los obligaban a desplazarse. Por fin, al ser su esposo funcionario y empeorar la situación económica en Ecuador, optaron por instalarse definitivamente en España. Ella resume la situación con estas palabras: “*Siempre ha sido una renuncia de parte de él o mía a favor del otro*”.

Laura ha tenido dos hijos, que ahora tienen ocho y once años, y no ha dejado de trabajar en los más diversos empleos y autoempleos para ganar dinero y criar a la vez a sus hijos. Un cálculo puramente práctico los llevó a un piso en Valdemoro, lugar con el que no tenían ningún vínculo. Su casa tiene setenta metros y en ella viven normalmente seis personas: el matrimonio, los dos hijos, la madre y la hermana de Laura. Se trata de un piso en un bloque alto de viviendas de los años noventa, con zonas ajardinadas, a pocos minutos caminando del centro de Valdemoro. Tiene todo a mano: el colegio enfrente, el parque detrás, tiendas, autobuses, el centro de salud, las gestiones, la estación.

Al igual que Lucía, Laura ha podido organizarse gracias en gran medida a la elección de un lugar céntrico y denso en vida comercial y equipamientos. A diferencia de ésta, Laura se siente desclasada y percibe agudamente los conflictos nacidos del roce y la exposición social a los demás. Tuvo una discusión importante con unas vecinas que acabó en juicio, tiene un problema con su hijo que sufre acoso en el colegio, ha sentido muchas veces rechazo por ser extranjera, y en general lucha por mantener lo que ella considera una buena vida y un nivel cultural en un entorno que vive como ajeno. Hasta el punto de comentar, hablando del parque que frecuentó con los niños, que “le daba miedo”, en referencia a los cotilleos que allí se vertían.

Al igual que Lucía, y careciendo también de coche, Laura está anclada, pero lo vive con rebeldía. Reside en Valdemoro, que considera un lugar seguro y tranquilo, pero huye a Madrid siempre que puede a visitar museos o bibliotecas. Lleva a sus hijos al colegio más cercano, pero los saca a la hora de comer para controlar su dieta. Tiene una casa pequeña, pero ha logrado reproducir una vida familiar rica, que en su lucha contra el desarraigo es sinónimo de calidad de vida. Sus hijos tendrán un piso pequeño, pero una vida llena de afectos, tal es su decisión. Esa misma vida y su afán de conservar el estatus cultural que valora sobre todo, los aísla de un entorno social con el que intenta no chocar, pero al que nada la une. Al mismo tiempo, ha ido haciendo su vida en Valdemoro. Sus primeros trabajos eran de restauración histórica, su carrera y vocación, y la llevaron lejos, primero a otra provincia, luego a Madrid capital, pero poco a poco el círculo se ha cerrado y ha ido buscando trabajos en la localidad. Esta reducción del espacio de movimiento se corresponde con una disminución profesional y social que percibe agudamente.

En ambos casos, las familias eligieron su vivienda atendiendo más a la situación que al lugar, en términos de Droogleever Fortuijn (1995). Esta autora realizó, en Holanda, un estudio sobre tres tipologías de vivienda, con 50 familias, y comprobó que la gente mayor, los jóvenes, las madres solteras, etc. privilegian en su búsqueda de vivienda, las condiciones “de situación”, es decir las relaciones, el transporte y los equipamientos, huyendo del aislamiento. Por el contrario, los matrimonios con hijos y rentas medias buscan sobre todo características de la vivienda misma (que ella llama “de lugar”): el tamaño, la distribución, la luz, etc.

De los dos casos emanan otras características comunes a los barrios de clase baja y media baja, con densidad y maduración: la menor separación entre lo privado y lo público, lo que algunas personas viven como apoyo y otras como invasión; y la contradicción entre la comodidad por la cercanía de los servicios y el apoyo mutuo, y los conflictos derivados de esta misma densidad y falta de distancia social. Si uno se siente identificado con su entorno, vivirá como apoyo este “factor humano”; si por el contrario, se siente desclasado o fuera de lugar, le parecerá un castigo y soñará con huir.

2. 1. 2. Los bloques de manzana. Pueblos y barrios en el imaginario madrileño

Ana y Carmen representan, si nos referimos a rasgos puramente sociodemográficos, el sector más amplio de la sociedad madrileña en relación a la conciliación. Mujeres con familia, marido e hijos, con empleo, y cuyas decisiones en torno a la vivienda las han llevado a nuevos desarrollos en municipios en los que no han nacido ni tienen raíces. La elección de vivienda se ha basado en ambos casos en la cercanía del trabajo, mezclado con el azar y las condiciones del mercado. En ambos casos, la pareja vivía en barrios trabajadores de la capital y en ambos casos se movieron porque necesitaban más espacio al tener hijos y no podían pagar un piso grande en un barrio de Madrid. Ana eligió la Serna, barrio nuevo y residencial de Fuenlabrada porque su marido trabaja en dicho municipio; Carmen terminó en Torrejón casi por casualidad aunque luego consiguió un puesto en su ayuntamiento: una amiga les alquiló una buhardilla, hicieron amistades y al nacer su hijo decidieron quedarse en la ciudad y comprar un piso.

Ambas viven en pisos amplios en bloques de manzana, estilo que desde los años noventa es la forma más común de construcción en la CAM. Se trata de bloques de varias alturas, con zonas comunes ajardinadas, a menudo con piscina interior, cerradas al exterior. A diferencia de las urbanizaciones de bloques aislados, ofrecen un aspecto más urbano, por tener bajos comerciales que se abren a las aceras, pero el tamaño de los bloques, la tipología repetida al infinito y la vida social volcada hacia el interior hacen que a menudo estos barrios padezcan una gran monotonía y homogeneidad, que se corresponde con el parecido de sus habitantes. Matrimonios jóvenes con hijos, de rentas medias, que valoran la tranquilidad y la relativa autonomía de los niños protegidos en las zonas comunes, así como la posibilidad de tener una vida privada cómoda o una vida vecinal si así se desea. Como además son nuevos desarrollos, es frecuente que tengan poca vida comercial y social, pero unos equipamientos públicos cercanos de gran calidad (colegios, centros de salud, polideportivos, etc.), y no sometidos a la presión de las poblaciones de renta baja.

Así sucede en los dos casos estudiados. Pero aquí termina el parecido. Ana, a pesar de trabajar en Madrid y tener que desplazarse diariamente en tren, se ha adaptado a su nuevo entorno y ha logrado sacar lo mejor de éste. Ella nació en un pueblo, vivió en pisos con amigas al llegar a Madrid; más tarde, se instaló con su marido y sus dos hijos en un piso interior de 50 metros en Marqués de Vadillo en el que contaba con una rica vida vecinal, algo muy importante para ella pues “es de pueblo”. Temió no adaptarse a Fuenlabrada y sin embargo se siente muy satisfecha con el cambio. La razón es que sus hijos se integraron bien, tiene una casa de 110 metros y trastero, llena de luz y ha hecho amistad con otros matrimonios del bloque, también recién llegados, con los que queda a menudo. La satisfacción por su vida familiar y social - *“Y luego los vecinos. La verdad es que somos cinco o seis matrimonios que hemos congeniado muy bien desde que vinimos a vivir aquí.”* – la hace minimizar las obvias dificultades de su vida de “commuter” y observar todas las ventajas del barrio: la cercanía de los servicios, la seguridad de los niños, el orden y la amplitud de la arquitectura.

Carmen, por el contrario, se siente una chica de barrio desplazada. Ella y su marido, Pablo, se conocieron en Ciudad Pegaso, barrio obrero con gran vida local que aún echan en falta. Han ganado en vivienda, pues tienen un ático con espacio y una gran terraza,

pero no valoran el sistema de bloque cerrado. Por el contrario, rechazan sus rasgos principales: la vida hacia adentro, la amistad con las vecinas que define como “pesadas” e intenta evitar.

Tienen amigos en Torrejón, y esas amistades hacen que no piensen en cambiar de nuevo, pero no sienten apego por su zona: *“Yo aquí vengo a dormir”*. El “barrio” en su imaginario se opone al “pueblo”, con sus relaciones familiares y sus jerarquías sociales. No pueden evitar ver Torrejón como un lugar demasiado local, de gente cerrada. *“Y yo soy periferia, explica Carmen, pero de un barrio, un barrio que fue obrero, pero notaba cuando empecé a conocer gente aquí, noté que la gente era muy cerrada.”* En su nostalgia apunta la certeza de que ya no existen “barrios obreros” y que su ascenso hacia la “clase media” y sus formas más individualistas de vida es ya irreversible. Lo que no impide que valore sobre todo la variedad social y la vida de calle, hasta el punto de apreciar en Torrejón lo más urbano e incluso lo que lo convierte en “ciudad dormitorio”: *“Salgo de trabajar a las 8 y me voy andando, o bien hay una cosa que me gusta hacer mucho, que es irme a la plaza de de España (...) y me quedo veinte minutos esperando, viendo el “percal” y estoy encantada en la plaza. Sí, lo que veo es todo el trajín de entrada y salida y me quedo pasmada, además, es bastante curioso e interesante.”*

Por lo tanto dos familias “desarraigadas” que viven en tipologías idénticas y sin embargo interpretan de forma opuesta sus vidas. Ana ha redescubierto “un pueblo”, más cómodo y más independiente, en los bloques de manzana. Carmen rehuye esa intimidad forzada y busca respirar el aire de la ciudad que perdió al dejar su barrio. La igualdad social de las familias la ofende, pues, como se verá más adelante, se siente maniatada por su condición de madre de un niño pequeño. La estructura familiarista de los bloques, junto con su encierro físico, pues tampoco tiene coche, no hace sino recordarle su condición y aumentar su desasosiego.

2. 1. 3. Unifamiliares: colonos en la ciudad nueva

La tercera tipología estudiada es la de los unifamiliares, adosados o independientes, un modelo urbano sin mucha tradición en Madrid –salvo por la presencia minoritaria de colonias y áreas exclusivas- que ha florecido en los últimos veinte años de manera espectacular. Aunque el paisaje que forman los chalets nos resulte ahora tan familiar, la cultura de esta forma de vida no es tan conocida. Las imágenes sociales que conocemos pertenecen a otras culturas, como la norteamericana, de ahí que asociemos los unifamiliares con matrimonios con hijos, barbacoas, autopistas y “malls” donde hacer la compra y divertirse. Y también con lugares seguros y tranquilos, ideales para criar niños, donde se puede huir del agobio de la gran ciudad, cuidar un jardín, cultivar una vida doméstica y comunitaria gratificante.

En esta investigación nos aproximamos a cuatro formas diferentes de vivir los unifamiliares e intentamos comprender qué rasgos originales están presentes. Las cuatro informantes que viven en unifamiliares eligieron, además de una casa, un tipo de vida y de entorno, puesto que esta modalidad de vivienda se acompaña de unas condiciones “de situación” particulares. Para Sara, una de las primera habitantes del Sector Tres de Getafe, la decisión obedeció a un sueño que compartía con su familia y que ella atribuye al hecho de ser “de pueblo”: *“Siempre deseamos tener una casita”*. A esto se une la

independencia, la tranquilidad, la falta de ruido de este entorno urbano. En esto coinciden los cuatro informantes. Buscaban no tener vecinos. *“Que no me agobiaran”* resume uno. El caso más extremo es el de Elisa que por razón de sus turnos de trabajo deseaba poder dormir de día. Ese fue el motivo principal para que compraran un chalet.

Sin embargo, junto a las razones prácticas, otros temas van emergiendo en las entrevistas, que pueden resumirse en tres principales: la épica del colono, el ascenso social asociado a la vivienda independiente y el ciclo demográfico. El primer aspecto se observa sobre todo en el discurso de las dos familias del municipio de Rivas. En ambos casos, se trata de parejas que vivían en barrios tradicionales de Madrid y que aprovecharon la oportunidad de participar en una cooperativa de vivienda y cambiar de vida. Pues sin duda se trató de un cambio de vida, y no exento de riesgo: *“Yo me imaginaba las películas del farwest, de los pioneros, me decía: Mercedes tú estás loca, dónde vas, no tienes medio de comunicación, no va a ir a visitarte nadie, te vas a morir de asco. Pero no lo dudamos. Siempre puedes dar marcha atrás.”*

La emoción de crear un entorno nuevo, no saturado como la vieja ciudad, está especialmente presente en Rivas, por su “excepcionalidad política”. Al tratarse de una zona de “unifamiliares para gente de izquierdas”, el sentimiento de creación de un mundo nuevo es notable: *“Te da poderío, te da satisfacción, te involucras en la vida del municipio, te relacionas con mucha gente del pueblo. Te da una sensación de pertenencia. En Madrid no tenía mucha sensación de pertenencia. Acabas de llegar aquí y te sientes de aquí. Puedes hacer muchas cosas aquí, te sientes cómodo.”* La cita es de Jorge, pero Luis dirá algo parecido explicando que al fin ha logrado una participación política que siempre quiso encontrar: *“Aquí he intentado centrarme en algo y lo he logrado.”*

La capacidad de actuar, unida al sentimiento de ser pioneros de una nueva forma de vida, se completa con el sentido rural que los informantes atribuyen a su entorno. Pues destacan el contacto con la naturaleza: *“Para mí es un disfrute total. La parcela tiene 600 metros. Para mí salir ahí fuera y pisar el suelo, para mí es la felicidad. Sobre todo pisar naturaleza. Para mí lo que me agobia mucho de un piso es no tener nunca naturaleza: pisas asfalto, pisas cemento, pisas azulejo, pero aquí, salir y pisar la tierra, es algo como una necesidad animal, la necesidad de que te dé el aire y darte cuenta de las estaciones, que en Madrid no te das cuenta de las estaciones.”*

Y sin embargo, ese entorno “natural” se acompaña por una conciencia muy clara de haber realizado un ascenso social a través de la vivienda. Para Elisa, ajena a cualquier épica, el chalet ha sido una buena inversión, pues piensa que lo venderá bien cuando necesite un cambio de vida. Sara es muy consciente del ascenso social. Ella proviene de una familia humilde, de Parla, y tuvo que hacer sacrificios, en los primeros años de matrimonio, para pagar la casa. Considera que vive en un barrio de clase media alta y que se nota, aunque ella misma corrija de inmediato el sesgo que ha dado a sus palabras: *“Se nota en el nivel educativo de los colegios e institutos, una prima que es cuidadora y que ha estado en otros lugares dice que se nota este mayor nivel en el comportamiento de los niños. Y está mal que yo lo diga porque yo vengo de una familia muy humilde y el nivel educativo no es eso.”*

Las dos parejas de Rivas participan, con tonos diferentes, de este sentimiento. Expresan cierta sorpresa por lo que han obtenido, puesto que iniciaron la aventura un poco a

ciegas, y este resultado de cambio de status favorece su bienestar y su sensación de cohesión como familia: *“La verdad es que, además, era una cosa que jamás pensaba que tendría al principio, que vivíamos en un pisito en Vallecas, muy pequeñito, muy mono, pero claro vivir en un chalet nos parecía increíble...”*. E incluso ironizan sobre su propio destino: *“A la larga te vuelves un burgués”*. Sería muy ingenuo pensar que la satisfacción que manifiestan todos los entrevistados con su casa no guarda relación con este sentimiento de ascenso social y estatus familiar.

El tercer elemento en juego tiene que ver con el “ciclo familiar”. El unifamiliar es difícilmente distinguible del hecho de ser padres. Los niños son la causa de la aventura, le dan sentido y son también, como veremos, su límite. En los dos casos de Rivas el cambio de entorno se asoció con el primer hijo: *“Si no llega a ser por el niño seguíamos en Madrid, yo no tenía ninguna necesidad de comprarme una casa, ni un coche, vivíamos muy bien, teníamos mucho dinero.”* Todos participan de la idea de que las urbanizaciones de unifamiliares son lugares ideales para los niños, porque “tienen mucha libertad.” Pero no sólo son lugares buenos para criar hijos, sino que toda la vida se orienta hacia ellos: los padres hacen amigos a través de los colegios, los clubs y las actividades de los chicos, hacen mucha vida en común y asocian su permanencia en un chalet a la felicidad que suponen en sus hijos.

A la pregunta sobre dónde se ven en un futuro, responde Mercedes: *“Nuestras vidas están muy enfocadas a los niños, te necesitan para un montón de cosas, pero no sé cuando ellos sean mayores, se emancipen, y nos quedemos solos, si seguiremos disfrutando de Rivas o necesitaremos otras cosas. Igual el sentido de la casa, sola, aquí, con toda esta casa”*

Pero la idea de ciclo tiene otro sentido. Pues existe un límite: los unifamiliares son lugares ideales para niños, pero ¿lo son para adolescentes y jóvenes? Al pensar en un futuro muy cercano o inminente en el caso de Mercedes y Clara, la respuesta se hace menos nítida. De pronto, por vez primera, aparece la imagen del suburbio: *“Me pone muy nervioso ver a los jóvenes dar vueltas por los centros comerciales.”* Y preguntado por su vida, el hijo adolescente de Clara y Jorge responde: *“El único fallo es que los fines de semana si quieres salir, aquí no hay prácticamente nada.”* Y añade una curiosa constatación de voluntarismo político y sus límites: *“Menos el ocio. Porque el ayuntamiento no puede manejar eso, si pudiera, lo hubiera resuelto”*.

Aunque sea de izquierdas, una zona de adosados es una estructura urbana particular con un tipo de espacio público igualmente particular. El ocio transcurre sobre todo en los hogares y las amistades dependen de las redes estructuradas alrededor de los servicios públicos, puesto que ni la familia, ni los vecinos, ni las relaciones de trabajo son las protagonistas. Cuando estas redes fallan, o cuando los jóvenes desean un ocio propio separado del hogar, todo se complica.

Y por último, el ciclo demográfico tiene un abrupto fin: los unifamiliares, por su estructura y entorno, no son lugares para la gente mayor o enferma. Sara cuida a su suegra, que se ha roto la cadera y explica los problemas de su chalet: al no disponer de un dormitorio en la planta baja, tiene a su suegra durmiendo en una cama en mitad del salón. Concluye hablando de su casa: *“Me encanta vivir aquí. Para personas jóvenes y normales me resulta encantadora.”*

2. 2. Espacio, tiempo y conciliación

Los círculos de la conciliación tienen una dimensión espacial, aunque como hemos visto, el entorno urbano condiciona, pero no somete. Las familias reinterpretan el medio urbano, luchan contra su dominio, se resignan, se adaptan o a veces, sencillamente, se marchan a otro sitio. Otras variables, como la edad o la clase social, entran en juego y modulan el efecto y la percepción que las personas tienen de su geografía. Sus trayectos, como sus proyectos vitales, se realizan en un territorio, con instituciones y obstáculos, compitiendo con otros igualmente legítimos, formando una compleja danza de difícil representación.

Para conciliar facetas de su vida, sobre todo las tareas domésticas y la crianza de los hijos y el empleo o la búsqueda de empleo, las personas entrevistadas tienen estrategias variadas que no son ilimitadas: la ayuda de personas cercanas, el servicio doméstico, el ajuste de horarios con la pareja, los servicios públicos. Esta combinatoria ha sido investigada, pero lo interesante es observar cómo la vivienda y el entorno urbano, influyen en la elección o la posibilidad misma de unas u otras. A continuación se exponen las cuatro estrategias o recursos más comunes.

2. 2. 1. Abuelas

Para Laura, su madre es “una heroína”. Cuando observó que su hija tenía dificultades con la crianza de sus hijos en España, pues un niño estuvo enfermo, dejó Ecuador y su propia vida, y se trasladó a vivir con ella. Desde entonces pasa largas temporadas con ellos. La madre de Laura no ha sido sólo un apoyo que le ha permitido trabajar sin sentirse culpable, sino un elemento básico de calidad de vida. Viniendo de una cultura donde la familia es fundamental, tener a su madre le ha supuesto reproducir, en miniatura, el arraigo y la riqueza que vivió en su infancia, rodeada de abuelas, de tíos y primos. La pérdida de la familia extensa es vivida por Laura como una pérdida de estatus que su madre compensa parcialmente y que ofrece a sus hijos. De este modo el empujamiento de su vida personal y social se compensa con la densidad de afectos que hay en su hogar, donde a menudo vive también la hermana soltera de Laura. A la pregunta de si su marido soporta bien la estrecha convivencia familiar, responde: “*Es eso o la nada (...) Sabe que este barco va a llegar a alguna parte.*”

Lucía cuenta con su madre, una mujer que tiene su propia empresa de transportes, casi para todo. Mientras realiza el curso de Administración de personal del INEM, la madre, que vive en Torrejón, va todas las tardes a buscar a los niños al colegio y se queda con ellos hasta la noche. Hace la compra, la casa, prepara la cena, y dirige su empresa con su ordenador portátil. Sin ella, Lucía no podría salir adelante, laboral y económicamente hablando. Es la madre total, no sólo cuidadora sino proveedora.

En ambos casos, no es la cercanía lo que convierte a las abuelas en protagonistas de la conciliación. Al contrario, se trata de dos abuelas que viven lejos, incluso en otro país, y que se desplazan para ayudar a sus hijas. Es la clase social y la cultura lo que está actuando: una forma de entender la vida y la responsabilidad hacia los hijos que

probablemente permite trabajar y vivir a un número importante de mujeres en España². La encuesta de Constanza Tobío sobre las estrategias de conciliación confirman que la madre es la principal ayuda, por delante del marido, y que es más crucial cuanto más bajo es el nivel socioeconómico y más joven la mujer que trabaja (Tobío, 2002).

2. 2. 2. El empleo del tiempo

Obviamente, la conciliación es un asunto de pareja. En los dos casos anteriores, la situación de ambas mujeres y su cultura familiar hace que los maridos no sean la pieza básica. En el caso de Lucía porque no sólo está ausente, sino que le resta fuerza y energías; en el de Laura porque el matriarcado familiar le exime en gran medida de las tareas domésticas.

Pero en los otros casos, el ajuste entre los horarios laborales de la pareja es básico para sus vidas. Los calendarios y el reloj dominan la vida de muchas familias. En el caso de Mercedes y Luis, el ajuste es mensual. Ella trabaja en casa, es profesora de inglés y él auxiliar de vuelo. Ella no se mueve, pero tiene horarios estrictos y él hace largos recorridos y luego tiene días de ocio completo. Cada mes hacen un calendario y ajustan sus tiempos con los del hijo.

Carmen y su marido, Pablo, tienen una organización milimétrica, en la que participa un par de tardes el abuelo, para lograr conciliar sus trabajos y la crianza de un niño pequeño. Ella trabaja en el ayuntamiento todas las mañanas y un par de tardes, y él es cocinero, y su jornada está dividida en dos turnos. De manera que cada día se van turnando en llevar, recoger al crío, darle de comer, acostarle, etc. A Carmen le horroriza cambiar algo, pues al menos tiene la tranquilidad de que su sistema funciona: “*Sólo pensar en reorganizar, en buscar a alguien...*” Tiempo y espacio son para Carmen un puzzle que no termina de encajar, pues el precio del ajuste es un sentimiento de vivir a trozos, de falta de continuidad y de fluidez, que atribuye en parte al espacio “mal urbanizado” de Torrejón.

Su lectura del espacio es caótica, pues no se siente arraigada en la nueva ciudad. Tanto ella como él expresan la desconexión de la ciudad moderna, entre el entorno, los tiempos, los sentimientos. De ahí que, preguntados por un día de ocio, los dos contesten, por separado, frases similares: “*Pues seguramente me apetecería irme a Madrid, pasear por la zona del Prado y meterme en algún museo. Sobre todo, pasear. A lo mejor, irme al Retiro, pasear y estar sola, tampoco irme a ningún otro sitio. Desconectaría de todo.*”

Pablo coincide plenamente: “*No madrugar y dedicarme a pasear o irme a Madrid y pasear, me quedaría a comer por ahí... dedicarme sólo a pasear y contemplar (risas) Dar una vuelta, pasear, cuando me canse me voy a comer y por la tarde sigo y luego me vengo para acá. Pero estar sin prisas.*”

En el paseo por un lugar legible, como son los centros históricos, el tiempo, el espacio y el sentido interior de la identidad se recomponen en algo parecido a una unidad y el fluir

² Un estudio de 2007 para el Instituto de la Mujer sobre las mujeres que cuidan a sus nietos revela que la mitad lo hace durante cuatro horas diarias, y que la gran mayoría, el 82%, considera esta actividad “un placer”.

de la vida recupera su sentido. La dolorosa fragmentación entre partes de la ciudad y partes de la existencia, típica de la vida moderna, se expresa con total claridad en este caso.

2. 2. 3. El calor del hogar y el frío dinero

El círculo que se utiliza más a menudo para realizar las tareas del hogar, es, cuando las familias pueden permitírselo, el servicio doméstico. Pero no se encargan todas las tareas por igual: existe una sutil jerarquía entre tipos de tareas que afecta a cuáles son más “externalizables” y cuáles son materia de reparto entre la pareja. La limpieza y el mantenimiento básico (baños, cocina, ropa, etc.) son actividades que siempre se consideran menores, no cargadas de sentimientos y por lo tanto, transferibles. Es frecuente escuchar a los informantes decir que han contratado a alguien para realizar tareas domésticas y así no discutir “por tonterías”. Ana, por ejemplo, comenta que la ayuda doméstica le ha permitido “no dar voces”. Es decir, la armonía familiar se asegura gracias a un trabajo externo que permite eludir el conflicto en torno al reparto del trabajo.

La cocina y el cuidado de los niños son más valiosos socialmente. Son las dos facetas del hogar en las que más participan los varones³. Siempre que no impliquen una dedicación completa, pueden interpretarse como algo placentero. Dado su alto valor emocional, cuando se encomiendan a personas pagadas, se insiste en que son “como de la familia”. Pero incluso en esta faceta de cuidados, hay grandes diferencias: es mucho más frecuente que los varones colaboren en el cuidado de sus hijos a que cuiden a personas mayores, empezando por sus padres. Sara ha cuidado a su suegro y ahora cuida a su suegra y tiene que pelear con su marido para que colabore: “*Son tus padres y los fines de semana te tienes que ocupar de ellos, porque además así te das cuenta de lo que realmente tienen.*”

La presencia de mano de obra abundante en este sector hace que las soluciones sean muy flexibles, que es exactamente lo que las familias necesitan. En todos los casos en que disponen de trabajo doméstico, se trata un servicio por horas en los momentos más convenientes, según los horarios de padres e hijos. La cantidad de horas depende del salario familiar y sobre todo del salario y del tipo de empleo de la mujer, puesto que se considera que éstos deben compensar la sustitución (Tobío, 2002). El resto de las tareas se reparte según acuerdos siempre diferentes y sutiles combinaciones de gusto y poder⁴.

En algunas parejas, el reparto se presenta como armónico. “*No se sabe cómo hemos llegado, no lo hemos hablado, cada uno ha ido cogiendo las cosas que le iban más, nunca me ha gustado cocinar (...). Cada uno se ha ido recolocando. El niño participa*

³ Un reciente estudio de la Fundación BBVA *Los hombres jóvenes y la paternidad* recoge este cambio de los varones hacia un modelo de paternidad mucho más presente y afectuoso.

⁴ El análisis de los datos sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico en países de Europa y Norteamérica desde los años sesenta muestra que las mujeres dedican de media una hora menos al día y los varones veinte minutos más (Sullivan, 2004). Aunque lento, el cambio hacia una mayor confluencia es consistente. En España los estudios más recientes hablan de que las mujeres siguen dedicando siete veces más tiempo que sus parejas al trabajo en el hogar. La socióloga italiana Paola Vinay recuerda que según otros estudios la participación del hombre en las tareas de la casa y el cuidado de los niños es tan marginal que la ausencia del marido supone una reducción del trabajo de las mujeres (Vinay, 1995).

de cosas, su cuarto, la mesa...” explica Mercedes. Elisa y su marido, a pesar de tener un gran chalet, no utilizan servicio doméstico y se organizan a medias, no sin quejas por parte de él: “Para qué queremos una casa tan grande, para limpiar más, yo no quiero limpiar más, yo quiero descansar o salir.”

El ejemplo máximo de acuerdo es el de Clara y su pareja, que según asegura reparten todo al 50%. Se trata de hecho de la pareja que más horas de trabajo externo contrata, pero también la que más dice disfrutar de las tareas restantes. La razón es el entusiasmo que sienten por su casa y por su vida familiar. El tipo de vida doméstica del suburbio les hace entregarse con ilusión a la cocina, el cuidado de los hijos, el jardín o el mantenimiento, que en los unifamiliares es siempre complejo. La armonía se fundamenta en esta ilusión de “colonos”, unida a un sutil cambio en los roles de género.

El chalet, por así decirlo, feminiza y a la vez viriliza las tareas domésticas. Por una parte precisa e inspira una vida doméstica exigente. En pisos pequeños en la ciudad, no es tan importante tener una casa acogedora, ordenada o cocinar a diario. Otros estímulos y posibilidades están al alcance de la mano. En el chalet estas exigencias pueden vivirse como una carga, o como una forma de realización intensa. Como se verá, este es el caso de Clara. A la vez, las condiciones materiales hacen que muchas tareas de la casa resulten armónicas con el rol masculino: el jardín, los arreglos, pueden halagar a los varones que no se sentirían tan cómodos limpiando “un pisito”. Para entenderlo baste esta cita llena de ecos épicos: *“Estar pendiente de que la casa evoluciona en función de las estaciones: hay que sacar el toldo, oye, que hay que cerrar las ventanas que llueve, hay que cerrar las contraventanas que hace frío. Seguir el ritmo vital y yo, para eso, soy muy animal, en el mejor de los sentidos.”*

Para otros, el conflicto acecha siempre a la pareja en relación con el trabajo doméstico. Carmen siente que *“tiro siempre de mí cuando hago el trabajo doméstico, porque está mal repartido. Que no está reconocido porque, ese calor que tienen las casas, lo da quien lo cuida. A mí me han enseñado a cuidarla.”* A pesar de que su marido hace mucho, siente que hay un tira y afloja continuo, que ella tiene que medirse para no hacer más y mantener el equilibrio. Como muchas mujeres, acaba pensando que si trabaja más es porque ella exige más de un hogar, por educación, pero a la vez sabe que en ese trabajo “que no se ve” está la clave del calor y de la calidad de la vida familiar.

El marido de Carmen resume el problema: *“Es algo que se tiene que hacer... pero parece como que nadie quiere hacerlo.”*

2. 2. 4. La red de equipamientos

Además de los ajustes de la pareja, la familia extensa y el servicio doméstico, las familias cuentan con los servicios públicos para conciliar sus vidas. En general, viven en barrios bien dotados, pero cuando tienen serios problemas, el recurso a los servicios muestra sus límites. No hay extraescolares que permitan que Lucía estudie durante cinco meses todas las tardes hasta las diez de la noche. Sin el gran esfuerzo de su madre, sencillamente tendría que renunciar a una formación que es su única oportunidad de tener un trabajo con un horario compatible con la maternidad. Su situación la hace pensar que no hay ayudas para las familias, lo que atribuye a que los inmigrantes copan

las ayudas: *“Ya no me siento tan española. Me siento rechazada. Otra gente que viene de fuera tiene más ayuda. Mis hijos no son menos. Es lo único que me ha cambiado.”*

El problema de los equipamientos es que ofrecen servicios masificados y poco flexibles, cuando las personas tienen necesidades muy diferenciadas, puntuales y variables. Esto hace que el servicio doméstico sea una respuesta muy adecuada, siempre que se pueda recurrir a él. La política de apoyo a la conciliación tendría que adoptar formas y mecanismos más flexibles, aunque sea imposible concebir unos servicios públicos a la carta.

Pero además, los equipamientos juegan otro papel, hasta cierto punto inesperado. Son para muchos residentes en los nuevos desarrollos los lugares de encuentro y la única oportunidad de conocer a gente y hacer amigos. En zonas de unifamiliares, donde no hay espacios públicos para convivir, el colegio de los niños, el polideportivo o el centro de día adquieren un valor muy superior al que tienen en otras formas urbanas. Como dice un entrevistado: *“Se suplen las plazas (en referencia a la plaza del pueblo) con participación”*. Y Mercedes declara *“el polideportivo es como mi segunda casa”*. Las personas se adaptan a los espacios en los que viven, pero también los reinterpretan. Nada puede lograr que exista vida de calle en las zonas de chalets o de urbanizaciones cerradas, espacios inhóspitos para esa clase de relación. Como reconoce un entusiasta habitante del chalet, no existe vida vecinal: *“No echo de menos, no necesito más contacto con la gente”*. Otros lo consideran con menos alegría: *“Horrible, cuando yo di a luz, mi vecina me dijo “pero si no me había enterado de que estuvieses embarazada”, en nueve meses no nos habíamos visto.”*

Sin embargo, las personas se buscan y se encuentran donde pueden: en los centros comerciales o en los equipamientos públicos. Si la geografía del suburbio es una geografía de los hogares, donde la vida privada adquiere un protagonismo enorme frente a la pública, es también una geografía de nodos, núcleos de densidad donde se concentra una muy particular vida pública: *“Y tienes grupos diversos, los padres, la política, la piscina, y ya no quieres salir de aquí, ya no quiero salir de Rivas...”*

La lealtad hacia el municipio se refuerza porque la participación es la única vida social. Como en los suburbios norteamericanos donde la vida cívica cobra un gran papel, alrededor de la Iglesia o del Centro social, en Rivas existe un fenómeno parecido. Si en Estados Unidos el sueño de una sociedad armoniosa consiste en la proyección de las virtudes privadas de los hogares hacia la Comunidad, en una sociedad como la española, ajena al ideal protestante de la ciudad virtuosa, la “bondad de los hogares” se vuelve política. La participación permite huir de la imagen de una sociedad atomizada de personas aisladas y mantiene un ideal comunitario abstracto en las antípodas de la convivencia y el conflicto de la vieja ciudad. Pero mantener ese ideal cuesta, y eso explica el temor de los residentes de Rivas a que nuevas familias, sin ideología, se instalen y dejen de alimentar la fuente de participación que da calor al suburbio: *“Es un tipo de persona peculiar, gente que le gusta tener cosas y no hacer cosas”*.

2. 3. El valor de las cosas: maternidad, trabajo doméstico y empleo

En escenarios diversos y con las herramientas de las que disponen, recursos personales, familia extensa, acuerdos de pareja, tiempos, ayudas públicas, las mujeres y los hombres equilibran facetas complejas de sus vidas, o viven en una continua contradicción. Todos interpretan su realidad y van dando valor a las actividades que realizan, para componer una vida con sentido o impulsar cambios en su existencia. Las mujeres, sobre todo, tienen que elegir, combinar o sumar dos mundos que antes eran incompatibles y que consideran su responsabilidad: una vida hogareña de calidad y una vida laboral o profesional independiente. Hemos visto con qué recursos cuentan, pero aún más importante es saber cómo enfocan las contradicciones de la conciliación, a qué renuncian o en qué condiciones el doble rol enriquece sus vidas. En todo ello, el espacio, como veremos, juega un papel importante.

2. 3. 1. Amas de casa: mística del hogar y clase social

Lucía es un ejemplo de lo que significa en nuestra sociedad ser joven, no tener empleo y tener lo que habitualmente se llama “cargas familiares”. Su experiencia real del mundo laboral se caracteriza por la dificultad de encontrar trabajo, los sueldos bajos, los horarios o turnos imposibles, la discriminación por ser mujer. A pesar de ello, pone todas sus esperanzas en un trabajo “de oficina” que la saque de casa. Es también un ejemplo de lo que significa estar fuera del mundo laboral. Pues éste no es sólo el único medio con el que cuentan las personas para su sostén y su independencia; es además lo que da sentido a su tiempo diario y vital, pero sobre todo lo que les permite tener una vida social: *“En casa no tienes vida social, ni económica”*. A pesar de sus dificultades para salir adelante, tiene claro que son las relaciones lo más importante del trabajo y “la tranquilidad”, pues nada estresa tanto, contrariamente a lo que suele decirse, como la vida doméstica: *“Quitarme estrés, quitarme la cadena de casa, para mí me apodera la casa, me hundo más, duermo mucho más, me aburro y me pongo a limpiar, la casa nunca la ves limpia, te vas a la cama, y me tiro las horas muertas”*.

Lucía describe la vida doméstica como una cadena de acciones en las que no se da abasto y donde no se ve el fin. Durante el tiempo en que vivió con su ex pareja, convirtió las tareas en una obsesión, una lucha contra el polvo y los gérmenes maniática y casi patológica. Desde su punto de vista, fue su obsesión lo que hizo enfermar a uno de sus hijos con problemas pulmonares, porque *“lo tenía en una burbuja de limpieza.”* El trabajo doméstico no sólo es duro y sin recompensa, sino que además es un círculo vicioso que consigue lo contrario de lo que pretende.

En el extremo opuesto del arco social y del discurso, se encuentra Clara, una mujer que trabaja en una empresa pública en Madrid, con horario de ocho a tres, vive en Rivas en un chalet, tiene un marido que trabaja para el ayuntamiento y dos hijos. Su visión del trabajo remunerado y doméstico muestra hasta qué punto los condicionantes de clase sostienen las opiniones de las personas. Clara valora enormemente su vida familiar y todo lo asociado al cuidado de su casa y de sus hijos. Su visión de ambos mundos es opuesta a la de Lucía. En primer lugar, tiene a dos personas pagadas –una para limpiar

unas horas por semana y otra que va por las mañanas para preparar el desayuno de los niños- que la liberan del grueso de las tareas “menos valiosas”. Además, cuenta con su marido al 50%, aunque en su descripción explique que Jorge “*es más de bricolaje y de exterior y de papeles*” y el propio Jorge estime en un más modesto 40% su colaboración. Pero sobre todo, lo que subyace a su satisfacción es la idealización de su vida en el suburbio. Clara representa “el alma del hogar” y dice claramente que preferiría quedarse en casa y no trabajar fuera: “*No me importaría ser ama de casa, no me importaría porque vivo en donde vivo (...) Pero me gustaría ir al vivero a comprar unas florecitas o cortar el seto o barnizar las maderas que tenemos fuera.*”

La imagen social tiene una influencia clave en la identidad: no es lo mismo ser ama de casa en un barrio obrero (“*Las típicas viviendas obreras con la bombona de butano en la terraza*”, dirá Jorge hablando de su visión de Madrid) a tener una casa con jardín y una familia cuyo bienestar y estatus depende en gran medida del aporte de trabajo “intangibles”.

Pues las casas del suburbio dan mucho trabajo. No sólo son difíciles de limpiar y de mantener, sino que exigen muchos esfuerzos para asegurar la movilidad de los niños. Clara se pasa las tardes yendo y viniendo entre actividades extraescolares: “*Y sin parar, por las tardes sin parar: deberes, las actividades, recoger y todo eso. Nos acostamos tardísimo.*” La recompensa a tanto esfuerzo es la felicidad doméstica. Esta felicidad se da por descontado: las personas diferentes, las parejas que no resisten y se separan, la gente mayor, las minorías, etc. no se encuentran en este modelo de ciudad. Sencillamente no pueden sobrevivir económica y socialmente en este entorno. Cuando se produce un divorcio, o la gente se hace mayor, normalmente venden la casa, por lo que la foto permanece inmutable: parejas bien avenidas con hijos.

¿Por qué entonces Clara no deja de trabajar, puesto que en sus propias palabras lo único que la une a su empleo es el magnífico horario del que disfruta? La respuesta se encuentra de nuevo en la vivienda entendida como un estilo de vida. Con el sueldo del marido no podrían sostenerla: “*Puedo vivir sin trabajar yo, lo que pasa es que te acostumbras a una serie de lujos y a una forma de vivir que es más difícil dejarlo. Tienes dos coches, pones más florecitas, tener la piscina y mantenerla, los hijos que hagan cien mil actividades, kárate, baloncesto, las clases particulares de inglés, irte de vacaciones siempre, algún viaje al extranjero, para mí esto es clase media alta. No somos obreros.*”

La descripción de Clara recoge perfectamente una paradoja del tipo de vida en unifamiliar que han estudiado otras autoras (Hayden, 1984): aunque es un estilo de vida que da por hecho la existencia de un ama de casa, hacen falta dos sueldos para sostenerlo. Al mismo tiempo, su descripción permite comprender la distancia de clase tan abrumadora que media entre posiciones sociales. Algunas mujeres de clase media se plantean como marca de estatus dejar de trabajar y volver a ser amas de casa, mientras otras intentan aún entrar en segmentos más estables del mercado de trabajo.

2. 3. 2. Realismo y decepción. Mujeres de ida y vuelta en el mercado de trabajo

Las mujeres españolas llevan ya años considerando que deben y pueden trabajar de manera remunerada. Se puede decir que su posición está consolidada y sus opiniones han madurado. En el grupo entrevistado, mujeres trabajadoras con años a sus espaldas, se respira no obstante la decepción, como si la tan deseada independencia y realización personal no hubiera cumplido sus promesas. A pesar del esfuerzo y del progreso que supuso la incorporación de las mujeres al empleo, existe cierta duda en los discursos. No es un sentimiento homogéneo, pero sí sorprendente. De las ocho mujeres, sólo dos parecen satisfechas con sus carreras. El resto oscila entre la adaptación, la lucha por encontrar un lugar y la franca decepción.

Clara dejaría de trabajar, según ella, si no necesitara el dinero para mantener su nivel de vida. Atribuye su desinterés por el trabajo a su falta de cualificación, pues no estudió, a diferencia de su marido que ha estudiado y disfruta mucho de lo que hace. Mercedes aprecia su trabajo, pero siempre lo ha considerado subsidiario. En sus propias palabras, ha trabajado siempre, pero *“no me luce”*. Según ella, su marido ha aportado la estabilidad económica, y ella no ha tenido mucha ambición, aunque sí muchas inquietudes culturales. Viviendo en Rivas, con un niño pequeño y sin coche, empezó a dar clases particulares de inglés y lo fue convirtiendo en un trabajo más formal. Es interesante como ejemplo de la adaptación al espacio el hecho de que haya convertido el garaje –pues ella no conduce– en su particular academia. Pero cada año se plantea si continuar o dejarlo y buscar otra cosa.

Carmen es un caso de mujer con inquietudes y ambición profesional que se encuentra desilusionada y cuestiona el “valor” del trabajo. En principio, tiene un trabajo cómodo e interesante, además de estable, pero una serie de problemas laborales la han hecho sentirse defraudada. Ahora dice que jamás renunciaría al trabajo porque le da independencia económica y le permite tomar decisiones, pero *“ya el trabajo no lo tengo idealizado. Me realicé en el trabajo y se me cayó todo...”*

Su decepción proviene del sentimiento de estar atrapada en un puesto que ya no le interesa y donde no existe carrera: *“Aquí es imposible con mi categoría promocionar”*. De manera que decidió aceptar la comodidad y adaptarse aunque se siente *“medio muerta”*. En realidad, Carmen sabe que su decepción viene de sentir que sus energías y talento no están siendo aprovechados. Intenta entonces realizarse fuera del trabajo, pero se encuentra sin tiempo por el hecho de tener un niño pequeño. Apasionada de la política y de la lucha sindical, es entonces cuando se rebela contra su propia mentalidad, que la hace sentirse culpable: *“Renuncié a muchos tiempos del niño y de mi pareja por ser delegada sindical y todavía me pesa.”*

Y de ahí pasa a dar con una clave sobre la posición de las mujeres: *“Pero recuerdo, y todavía me pasa, cuando voy a comer por ahí (...) y veo a varones comiendo, relajados, ocupados en su trabajo, sin estar, o yo dando por hecho que no estaban con la doble presencia, les envidiaba profundamente, porque sí que me apetecía dedicarme en gran parte a lo profesional, o a lo sindical (...) Envidio terriblemente a los varones en ese aspecto.”*

Esta “envidia del sindicalista” se encuentra en muchas madres: la doble presencia, la culpa, el sentimiento de ser egoístas si se dedican a su carrera, más aún si es a una vocación personal, como la política, lastra la libertad de las mujeres. Al mismo tiempo, la familia es también una compensación ante cualquier problema en el trabajo. El no darle tanta importancia a la promoción o a la propia identidad laboral es también una autodefensa frente a cualquier fracaso o discriminación. Los equilibrios materiales y psicológicos son delicados, aunque en algunos casos parecen lograrse. Es el caso de Ana y de Elisa.

Preguntada por el rol en el que se ve más representada, Ana responde que siempre se ha sentido contenta haciendo las dos cosas. Tiene tres hijos, lleva años en una empresa, ha ido mejorando su posición desde que entró en la centralita y valora especialmente el ambiente de trabajo y a sus compañeros. Pasa algo más de dos horas diarias en transporte público y no tiene tiempo para nada, pero ha logrado adaptarse.

Mientras Carmen vive con el sentimiento de no realizar su potencial, Ana ha resuelto las contradicciones disfrutando de lo que tiene, pero no sin renuncias. M^a Ángeles Durán habla de reducción de objetivos como estrategia básica para sobrevivir en el mundo de la “conciliación”. En efecto, Ana reduce sus objetivos como trabajadora y como madre para salir adelante. Le gustaría haber estudiado más, pero no se lo plantea porque “*no voy a estar agobiada por ir a estudiar*”. Sus dos hijos mayores no han estudiado tampoco, pero ha decidido no vivirlo como un problema: “*Lo que más valoro es que sean buena gente, y que estén a gusto con lo que están haciendo*”. Lo mismo puede decirse de su tiempo libre. “*El fin de semana aprovecho para lo que me dé tiempo y ya está.*” Continuamente se reprocha ser “*muy perezosa*”, cuando sus jornadas son agotadoras. Pero sus buenas relaciones personales y familiares la compensan de cualquier sentimiento de pérdida.

Elisa, cuando se le pregunta qué es el trabajo para ella, responde sin titubear “mi vida”, aunque luego se corrige y explica que su familia es lo más importante. Es una mujer que valora enormemente su carrera, con una clara identidad como profesional. En el momento de entrevistarla, sus hijos son mayores, pero su relato muestra cómo fue capaz, separada de su primer marido, de estudiar y preparar oposiciones e ir adaptando familia y trabajo para lograr su sueño. Cuando lo necesitó tuvo una persona de servicio toda la jornada en su casa, aunque su madre vivía en frente. De su relato emana cierta facilidad, que no se encuentra en otras mujeres. La razón es que Elisa no mitifica la maternidad ni la labor doméstica. Es una mujer práctica, segura de su ambición personal. Ha hecho lo que ha debido y ha esperado cuando ha hecho falta, pero sin ponerse trabas a sí misma. Ahora atraviesa una crisis laboral, por un problema de turnos que le impide ver a su pareja: “*No tenemos vida de pareja, ni vida de nada*”. Después de tantos años de vivir para su trabajo, Elisa tiene efectivamente un problema de “conciliación” y descubre que su trabajo no es tan valorado como creía “*A tu trabajo no le dan ninguna importancia.*” Se siente deprimida, hasta el punto de estar de baja, en parte por el problema del horario, pero sobre todo por no sentirse tan valiosa como pensaba.

En todas ellas, el doble rol actúa de forma ambivalente: por un lado ha limitado de forma evidente su vida laboral, al no permitirles la libertad que precisa una carrera. Por otra parte la mayoría, pero no todas, ha vivido como una contradicción, con malestar y culpa, el tiempo dedicado a trabajar en detrimento de la atención a sus hijos. El

sacrificio vital les hace reaccionar con cierto rencor hacia el trabajo, puesto que no quieren reaccionar con rencor hacia sus hijos o parejas. Como en ningún caso van a dejar de trabajar realmente, pues nadie parece considerar la posibilidad de renunciar al sueldo y a la independencia, se permiten en el discurso el sueño de una vida menos agobiante. Al mismo tiempo, el valor social del rol de madre sirve de escudo ante los fracasos o poca ambición laboral, una postura que rara vez se escucha en los varones. Sólo Elisa, que ha apostado mucho a su carrera, vive una crisis personal ante la evidencia de no contar tanto como ella creía, crisis que no encuentra justificación en ningún discurso maternal, aunque sí en la importancia de su vida de pareja.

En todo ello, se leen las dificultades de las mujeres madrileñas para estar en dos esferas cuyos tiempos y exigencias se contradicen. Pero también puede apreciarse cierta normalidad, ya que en efecto mucha gente trabaja “por el dinero” y muchos varones expresan situaciones de conflicto o crisis en el trabajo. Quizás esta generación esté de vuelta de una idealización del trabajo remunerado necesario para sostener a aquellas que tuvieron que luchar para entrar en el mercado. La idea de que ese cambio es ya irreversible permite relajar el discurso y manifestar la decepción.

2. 3. 3. Conflicto y renuncia

Pero esa normalidad no debe ocultar ni la angustia que sienten las personas ante la desconexión de sus vidas, ni el peso de las renunciadas y limitaciones, ni el riesgo para la igualdad que se oculta en los discursos que acrecientan la culpa de las madres. Laura es la más vocacional de las entrevistadas y la que mejor expresa la contradicción. Es también la que tiene un nivel de formación más alto, pero el hecho de vivir en un país que no es el suyo y sobre todo la crianza de los hijos la ha ido separando de su carrera. Intentó vivir de la restauración, pero no lograba hacer compatibles los horarios, por lo que fue buscando trabajos manuales primero, planchadora o limpiadora, para ganar dinero y estar cerca de los niños, y más adelante formas de autoempleo. Pero una serie de conflictos financieros y laborales terminaron con la aventura.

Ahora se encuentra en paro y dudando sobre qué hacer con su vida. Sus dudas son las de muchas mujeres que tienen hijos y trabajan. La mala conciencia por haber “abandonado” a sus hijos – a pesar de tener a su madre en casa- permea todo su discurso y explica sus decisiones. Laura extrema tanto su amor por su trabajo y su amor por sus hijos que se encuentra en un dilema sin salida, que se resume en el siguiente párrafo: *“Si no tuviera hijos, me iría gratis a trabajar. Pero la situación de familia y de mujer se complica, si eres responsable, hay madres que no se agobian por esto, las hay que cocinan o no cocinan, hay de todo. Todo eso, el pensar, necesita su tiempo, su dedicación, y lo haces a gusto. A mí no me disgusta. Si saliera una ley como la de Alemania, que por cada niño te dan 300 euros, yo tan a gustito en mi casita, que yo no necesito...”*

Laura no se plantea no trabajar porque su marido gana poco y necesitan el dinero. Pero la tentación es fuerte. Y aquí entra otro cálculo económico: una buena ama de casa, con tiempo para todo, ahorra mucho. *“¿Cuánto tengo que ganar para que me compense?”*, se pregunta. Con ayudas públicas, quizás el cálculo económico la hiciera inclinarse del lado del hogar.

Frente a Lucía que vive como una carga solitaria y aburrida la vida doméstica y Clara que la describe como una expresión personal y un placer, Laura la ha profesionalizado. Se levanta pronto, hace gestiones, da de comer a sus hijos en casa para cuidar su dieta, visita médicos, se ocupa de su cultura, los educa, lucha por mantener el estatus cultural y moral que ella quiere ofrecer a sus hijos. Le resulta un trabajo a tiempo completo y está cansada de luchar en varios frentes. Su conclusión cuando resume sus esfuerzos por tener una carrera propia es pesimista: *“No lo volvería a hacer, porque creo que he perdido algo importante. Ellos lo han sentido”*.

2. 3. 4. Maternidad

Cabe preguntarse, ¿qué hay que conciliar realmente? Por mucho que las personas tengan vida propia, intereses y relaciones al margen del trabajo, estas no suelen plantear problemas, o no se consideran socialmente relevantes. Otra cosa son los hijos. La responsabilidad hacia los hijos, el modelo social de crianza basado en la familia nuclear, el ejemplo de la propia madre que probablemente ejercía a tiempo completo, todo hace que sea alrededor de la maternidad donde se concentra el problema. Pero incluso aceptando que la crianza de los niños y el trabajo remunerado tal como está concebido son difíciles de conciliar, es fundamental entender qué se asocia a la maternidad y a los cuidados, cuánto se valoran estos, cuánto se exige de las familias en el momento actual. Del otro lado, del lado del trabajo remunerado, el cálculo está claro: cuanto más tiempo se le dedique, en condiciones normales, más se puede ganar, ascender, progresar o aprender. Es raro que lo contrario sea cierto.

Pero, ¿qué sucede del lado de la maternidad? De nuevo, las voces de nuestras informantes no son unánimes, aunque existe cierta postura hegemónica. Todas responden a lo que Sharon Hays (1998) llama “la ideología de la maternidad intensiva”. Esta ideología tiene tres pilares: la madre es la responsable fundamental de la crianza; las necesidades de los niños son prioritarias; la educación se basa en una serie de técnicas intensivas emocionalmente, exigentes en conocimiento y caras.

A pesar del dominio de este modelo cultural de la maternidad, existen diferencias entre los discursos que iluminan sobre su significado. Son las madres que viven en unifamiliares las más dedicadas y las que más idealizan la relación con sus hijos. No significa que exista un destino unido a los chalets, como muestra el caso de Elisa, sino un modelo de familia que se encuentra más fácilmente en dicho entorno y que a su vez se refuerza por la influencia del ambiente. Matrimonios unidos, hijos deseados y que orientan las decisiones –la de vivir en unifamiliar, por ejemplo- una vida social creada alrededor de la infancia, son otros tantos rasgos que están presentes. Para Mercedes, Clara y Sara, la maternidad se ha vuelto no ya una obligación, o una circunstancia vital, sino un placer y un motor que da sentido a la vida. Sus hijos son realmente el centro de la vida, material y simbólicamente. No sólo no ven problema alguno en ello, sino que consideran que es un avance la dedicación y el tiempo que entregan a sus hijos.

Mercedes explica que ha dedicado mucho tiempo a su único hijo: *“Quizás lo fundamental ha sido ser madre, la escala de valores, eso ha sido lo número uno, y el resto, pues bueno, lo he ido combinando. Como sólo tengo un hijo y lo he tenido muy tarde, he puesto mucho empeño en el asunto, he centrado mis esfuerzos, de momento estoy muy contenta con él, es buen estudiante, buena persona...”*. Clara habla de su

conexión con sus hijos como lo más importante de su vida, hasta el punto de asimilarse a ellos y olvidar su edad: *“Pero creo que es muy distinto a lo de mis padres, porque las actividades que ahora hacemos, estamos más actualizados con la vida y con ellos. Estás más en contacto con los colegios, con los institutos, con todas las actividades que hacen. Mis padres sí han tenido mucho contacto con nosotros. Pero Jorge comenta “Es que mis padres ni me miraban los cuadernos ni me preguntaban si había estudiado o si no había estudiado, vosotros tenéis una suerte”. Y es cierto que ahora estamos mucho más con ellos.”*

La maternidad intensiva pretende compensar el tiempo que no se pasa con los hijos con la intensidad emocional y educativa. Pero no es sólo eso. Pretende conocer y comunicarse con los hijos, formarlos y modelarlos como obras personales. Hay en esta ideología un sentido nuevo, una revalorización de los hijos inédita históricamente, con muchos elementos que se combinan. Escasos, tardíos y deseados, los hijos se han vuelto objetos de lujo. La prueba de ello es que las clases altas están empezando a tener más hijos que las bajas y que los varones se interesan por la paternidad. Por otra parte, el ascenso social precisa ahora una serie de rasgos de personalidad y de formación de la que son muy conscientes los padres: la escuela ya no “llega a todo” como dice una informante, por lo que la inversión en otros aprendizajes (idiomas, deportes, música, etc.) y en la formación del “carácter” es mucho mayor. La maternidad intensiva se asocia por lo tanto al estatus. Un ejemplo se encuentra en este sueño de Carmen para su hijo de cinco años: *“Hay deseos que tengo para él. Me gustaría, fíjate qué tontería, me gustaría que fuese bailarín clásico, pero me parece que no le llama la atención...”*

Los hijos son, en un mundo donde muchas relaciones son impersonales, la única relación pasional e incluso sensual permitida, frente a las relaciones más inestables de pareja. Se asocia, por lo tanto, al placer y al sentido. Sara define así a su hijo: *“Es mi gran ilusión, hoy por hoy es mi ídolo, mi gran ilusión. Es que es algo especial...”* En sociedades tan privatizadas como la nuestra, donde no existe acción colectiva, los hijos son además la única promesa de futuro, la “política” de las familias.

Por último, una intensa propaganda acompaña la operación ideológica. Mientras la sociedad se ocupa de sus asuntos, es necesario que el sacrificio que supone el cuidado se idealice. Es continuo el discurso social sobre la maldad de los padres que no cuidan, educan, acompañan a sus hijos. Todo el temor al nuevo capitalismo se concentra en el discurso sobre la educación deficiente, y los padres se sienten responsables de criar niños, formar trabajadores competentes y flexibles para el mercado, hacer ciudadanos con valores morales y disfrutar de sus hijos, todo en uno. Estatus, moral y placer configuran el discurso de las informantes, con variantes según su sentido de lo sacrificado y de lo logrado.

Existen al menos tres problemas en esta visión. Los hijos, placer e inversión vital y económica, deben ser protegidos, sobre todo de sí mismos. Una obra de arte no debe echarse a perder. Una ideología del control subyace en los discursos de los padres y de la sociedad en general. Tras explicar la ventaja de vivir en Rivas, por la libertad de la que gozan los niños, Clara explica: *“Siempre están muy controlados, en general todo. Están muy controlados porque hay muy pocos sitios donde ir.”* El término “control” se repite numerosas veces en su descripción de la vida de sus hijos.

Además, tanta inversión emocional hace que se dependa terriblemente de ellos. Sara cuenta cómo sufrió al dejar a su hijo para hacer un viaje. El niño estuvo enfermo, sin gravedad, pero ella perdió cinco kilos del disgusto: *“Yo estaba muy unida a David, su padre después lo ha aceptado mucho más, pero es verdad que yo he estado muy unida, que siempre ha sido un niño muy madrero.”* En cierto modo, no saben vivir sin unos hijos que no sólo les llenan, sino que organizan toda su vida. Clara lo reconoce sin ambages: *“En el verano se van quince días de campamento y le digo a Jorge “qué hacemos”, nos aburrimos, ¿Vamos al cine? ¿Nos vamos a cenar? Acostumbrados a llevar todo al minuto que cuando tienes tiempo, ¿qué haces?”*

En tercer lugar, el modelo de maternidad intensiva, atenta a todas las necesidades de los hijos, aumenta el sentido de culpa de las madres que trabajan y de agobio de las que no trabajan. Lucía tuvo hijos siendo muy joven y sin buscarlos, hasta el punto de que tuvo un gran rechazo hacia su primera hija. Como ella dice, todos decidieron por ella y se sintió “acorralada”. Su discurso hacia la maternidad expresa su difícil situación vital: son una carga, están siempre pegados, están enmadrados. A pesar de que no es posible la idealización, ella también quiere ser una buena madre según el modelo cultural: no quiere llevar a sus hijos a la guardería ni dejarlos con extraños, tiene un seguro de salud privado porque siente que no la atendieron bien en el ambulatorio, lleva a los chicos al psicólogo, compra vídeos y enciclopedias para completar su educación, etc. Hablando de su propia madre, explica que no le gustaría que sus hijos sufrieran como ella sufrió por tener una madre que siempre estaba trabajando, expresando un pesar que pasa por alto que la vocación empresarial de su madre los mantiene a todos.

No es de extrañar que sean las dos mujeres con los discursos más prácticos y menos idealizados sobre la maternidad, Ana e Elisa, las que menos culpa sienten y más valoran sus empleos, con independencia del tiempo que han tenido que dedicar y aún dedican al hogar o a los hijos. Son la prueba de que no sólo es necesario resolver la contradicción entre trabajo y familia, sino también reflexionar y reconducir el modelo cultural de la maternidad hacia formas menos “maternalistas”, intensivas y culpabilizadoras. La privatización de la crianza y de la educación de los niños es uno de los problemas principales de las familias, y ésta aumenta cuanto más “privada” se hace la ciudad y más desaparecen los espacios públicos y las relaciones con la familia extensa y el vecindario.

Por más que la maternidad sea el tema estrella de la conciliación, existe al menos otro problema social igualmente relevante y de difícil solución. Como muchas mujeres españolas que rondan los cincuenta años, Sara fue educada para sentirse responsable del cuidado de los demás. Aunque trabaja fuera y mantiene su casa, lleva unos años dedicada a otras personas. Primero cuidó al padre de su marido, enfermo de Alzheimer, hasta que murió. Ahora se ocupa de la suegra que se ha roto la cadera y vive con ellos. Sus jornadas son un milagro de equilibrio entre horarios y necesidades propias y ajenas. Mientras su marido se pasa el día en la oficina, absorbido –o protegido– por un trabajo exigente, Sara ha optado por asumir plenamente el rol de cuidadora y convertirse en experta. No sólo cuida, sino que hace cursillos, se suma a asociaciones para comprender el alzheimer, asume el cuidado, esta vez a distancia, de sus padres, también muy mayores. Aunque su marido piensa que deberían buscar una residencia para su madre, ella quiere tenerla en casa. Declara con orgullo: *“Yo me encargo de todo, de toda la familia”*.

En la informante se produce la mezcla de angustia por la responsabilidad que asume y la falta de tiempo, de idealización de su propia posición moral y de “profesionalización” del cuidado. Es interesante, pues no se trata del cuidado de los hijos y el placer y el estatus no están presentes. Queda la moral: “*Yo he hecho por ella lo que querría que mi hijo hiciera por mí*”. Por suerte para ella, Sara es también una experta en recursos públicos y éstos existen en su entorno, por lo que utiliza el centro de día, un centro de rehabilitación y otros servicios que alivian algo su carga de trabajo. A pesar de ello, su caso abre nuevos interrogantes sobre la “conciliación” entre el empleo y el cuidado, no ya de niños, sino del elevado número de ancianos que no pueden vivir sin apoyo familiar o social. La moral es una fuerza más débil si no se acompaña de estatus y de placer. Lo que explica que existan muchos más ancianos abandonados o solos que niños abandonados o descuidados. Pero en cierto modo el análisis anterior funciona por igual: como se verá en las conclusiones, es imprescindible la socialización de los cuidados y la creación de espacios, privados y públicos, adaptados a la nueva realidad demográfica y moral.

III. CONCLUSIONES

El espacio, como se ha visto, no determina los comportamientos. En entornos similares, personas con situaciones materiales parecidas, se comportan e interpretan sus vidas de formas diferentes. Y sin embargo, no es posible entender ninguna de las historias narradas sin incorporar esta dimensión: en todas ellas los sentimientos y prácticas asociados a la conciliación de la vida laboral y familiar están íntimamente relacionados con el lugar que se habita y con los lugares donde se escenifica la vida social.

La forma del espacio, es decir, la ciudad actual, es fundamental en todas las vidas, pero lo es de forma ambivalente: sostiene las decisiones y las limita; como el destino de los clásicos, permite más de una aventura, pero con reglas precisas que ya han sido escritas. Nos deja sentirnos libres, pues siempre podemos cambiar de lugar, pero pesa con toda la fuerza de la contingencia. Cuando nos adaptamos, dejamos de sentir su imperio. Pero basta que cualquier circunstancia de nuestra vida cambie, ya sea sólo temporalmente – una pierna rota, por ejemplo- para que se nos presente de nuevo con todo su poder. Las personas luchamos sin saberlo con la ciudad, en un cuerpo a cuerpo desigual. La costumbre y las compensaciones nos hacen aceptar nuestro fracaso y nuestros éxitos siempre efímeros en el empeño, cada vez más individual, de dotar de sentido a nuestras vidas y a nuestros movimientos.

Si esta lucha no es más visible es porque los diferentes entornos urbanos nos eligen. Las madres solteras, los homosexuales, las divorciadas, los ancianos y los emigrantes, por citar algunas abundantes minorías, no viven en unifamiliares. Buscan los centros populares o elitistas, donde su supervivencia es posible. Las parejas heterosexuales con deseos de fundar una unidad doméstica buscan, por su parte, entornos seguros y favorables para educar hijos y seguir trabajando, persiguiendo un modelo cultural de maternidad que considera que una habitación propia, el aire libre o los equipamientos adecuados son mejores para los niños que las aceras y descampados frecuentados por la infancia de otros tiempos. Puesto que en el delicado tema de la conciliación de la esfera doméstica y de la industrial, del mundo de la producción y del mundo de los cuidados, no sólo pesan los tiempos y los espacios, sino sobre todo los valores que se atribuyen a cada elemento en juego.

La segunda conclusión es que no existe la ciudad ideal: cada forma de ciudad facilita un tipo de relaciones mientras hace imposibles otras. Incluso los viejos barrios idealizados por algunos discursos temerosos –seguramente con razón- ante el avance de la impersonalidad, están llenos de conflictos y rencores, y no sólo de solidaridad y buena vecindad. El sentido que se atribuye a los espacios varía según la posición que el lugar ocupa en el territorio y en el espacio social; pero varía también en función del momento social y personal del que lo habita. Diferentes sujetos en diferentes momentos se encuentran con diferentes obstáculos. Así los adolescentes de las urbanizaciones deben dar respuesta a los nuevos problemas de su ciudad: deben reinterpretar el ocio y las relaciones; la privacidad y el control, etc. y hacerlo con las pautas de una cultura que nunca ha conocido hasta ahora un paisaje urbano similar.

Este relativismo no debe hacer pensar que no existan pautas y continuidades en la relación entre espacio y conciliación. A lo largo del análisis hemos comprobado una y otra vez que una serie de temas son básicos y reaparecen en todos los casos.

La naturaleza del espacio público, cuyo determinante es la densidad poblacional y el juego entre lo público y lo privado, tiene un impacto enorme sobre la forma de vida. Si hay espacio público hay una posibilidad de encuentro físico entre personas diferentes, de conflicto directo y de ayuda mutua informal. Los dilemas de la conciliación tienen alguna posibilidad de encontrar cauces colectivos para plantearse, aunque hacen falta muchas más cosas para que esto suceda. Pero si no existe, como sucede en las zonas de baja densidad, bloques o casas unifamiliares, otros lugares intentarán suplir su función: los equipamientos, la participación en los servicios, las redes formalizadas tendrán una gran importancia.

De la densidad depende a su vez que la gente que vive cerca sea homogénea o heterogénea; en zonas con viviendas iguales y desarrollos recientes, las personas son sociológicamente muy similares. El comportamiento demográfico y la renta las unen. Esto puede ser una gran ventaja para mucha gente, pero también puede facilitar la creación de una ciudad de parches, cada uno igual así mismo y separado del resto, sin las ricas conexiones sociales que permite la vieja ciudad. Conexiones que pueden ser excesivas para muchos. Si los barrios obreros o los centros históricos no aburguesados sostienen la diferencia (por la variedad de oferta de vivienda, por la proximidad de los servicios y empleos, etc.) también obligan a menudo a una convivencia forzada y sobre todo, cuando entran en decadencia, pueden estigmatizar a sus habitantes. Ser de un barrio se convertirá entonces en una tara de la que los más afortunados querrán huir, dejando atrás el círculo vicioso de los problemas sociales y la falta de reconocimiento. Si se evita este empobrecimiento, un barrio vivo será un soporte muy importante para conciliar necesidades privadas (de sustento, de comunicación, de ocio, etc.) y productivas.

La relación entre el hogar y la calle, el fuera y dentro es otro tema clave. Se puede hablar de un continuo que va desde las zonas densas y consolidadas, donde las viviendas se vuelcan en calles transitadas y vivas, hasta los unifamiliares, donde las casas grandes y con zonas privadas de gran calidad han ganado la partida a las calles hasta hacerlas irrelevantes, lugares dedicados sólo al desplazamiento. En medio, los bloques de manzana muestran un aparente equilibrio. Sin embargo, la magnitud de los bloques, la vida que se vuelca al interior, con jardines y piscinas, la falta de historia y de variedad de las calles hace que la privacidad tenga más peso que el espacio público, determinando el comportamiento hacia adentro de sus habitantes. La privatización de la vida y de los cuidados suele ir en consonancia con el triunfo físico de los hogares. El peligro es el aislamiento y el silenciamiento del sufrimiento social. Y hacia fuera, el vaciamiento del espacio común lo hace más hostil y aburrido, lo que refuerza el peso de la casa en un círculo que puede ser perverso.

Por último, son temas básicos del espacio en relación con la conciliación, la centralidad o desconexión de los barrios, los accesos y transportes existentes, la cercanía y escala de los equipamientos, incluyendo el pequeño comercio, la calidad y naturaleza de los espacios, parques, calles, zonas fronterizas, etc. Todo ello hace posible cubrir de variadas formas las necesidades diferentes de la vida, asegura la autonomía o refuerza la dependencia de los habitantes, cualquiera que sea su edad y condición física, convierte

la vida cotidiana de muchas mujeres y hombres en una carrera de obstáculos o en un itinerario con cierto sentido.

Las personas no sólo necesitamos movernos en el espacio y acceder a los lugares, también necesitamos comprender y leer el espacio que nos rodea y dotarlo de sentido, de recuerdos, de hitos, de sentimientos comunes o privados. De ahí que las fronteras, las tramas, los lugares emblemáticos, la belleza y el ritmo de los espacios, o su monotonía y regularidad excesivas, tengan un impacto enorme y a menudo inconsciente en nuestros comportamientos, nuestra seguridad, nuestras opciones.

Intervenir en la ciudad

Los tres entornos estudiados tienen sus reglas sociales y sus normas escritas en piedra, pero no son el Destino y pueden por lo tanto variarse. No es fácil, pues, como se ha observado, las personas a menudo no son conscientes de que sus dificultades personales son de hecho colectivas y merecen una intervención política. Cada mujer, cada varón, cada familia busca sus soluciones entre la gama de posibilidades a su alcance, y la mayor parte de las personas se exige la organización de la que carece el entorno. A más incierto el mercado laboral, a más fragmentada la ciudad y la sociedad, más organizadas las personas. El orden familiar, el reparto de tareas, los horarios, la planificación de las actividades, las listas, el control de los gastos e ingresos, las disciplinas de todos los miembros intentan compensar el desorden del nuevo urbanismo y las incertidumbres de la vida. Con menos hijos, limitando la ambición profesional, renunciando a la pereza, a la participación, a las pasiones privadas, reglamentando la propia existencia, al ritmo de las hipotecas, las personas y las familias consiguen vidas aceptables, aunque al precio de una gran insatisfacción, un gran estrés, y una sensación generalizada de cansancio.

Parece imprescindible reequilibrar de nuevo el orden y el desorden, que el sentido de lo social no dependa de las personas individualmente y que la ciudad colabore, en lugar de poner trabas, con la calidad de vida de las personas. El presente estudio no puede responder a las innumerables cuestiones que están en juego, pero sí proponer algunas líneas de actuación desde el punto de vista del urbanismo y la conciliación.

Dignificar los barrios.

Como se visto en el estudio, los barrios populares consolidados son buenos para la conciliación. Su densidad sostiene la variedad social que a su vez permite la presencia de negocios, equipamientos, comunicaciones próximas. En un barrio se pueden cubrir múltiples necesidades, incluido el empleo, con menor gasto de energía y pocos desplazamientos, y personas diferentes pueden hacer cosas juntas y utilizar los mismos espacios. El espacio visitado y vivido crea situaciones que objetivamente favorecen a las mujeres: son más seguros, los niños y las personas mayores pueden ir solos, todo está a mano, los equipamientos están cerca y tienen una buena escala.

El problema es que suelen ser lugares urbanizados en épocas desarrollistas y clasistas, a menudo feos arquitectónicamente hablando, mal urdidos, desconectados del resto de la ciudad, con poca calidad en sus materiales y diseño, con poco capital y menos inversión privada. La pobreza de los espacios (casas pequeñas, en general, sin servicios) se

compensa con la existencia de vida de calle, pero a veces el equilibrio no existe. O la calle está demasiado degradada, o es conflictiva, o el roce con los demás resulta excesivo.

El contacto social intenso puede generar riqueza o conflicto. Cierta “racismo discursivo”, muy presente en las palabras de algunos informantes, está unido a este hecho: la gente siente que vive en un barrio sin prestigio social, que se ha llenado de “extraños” y que todos compiten por un espacio público demasiado lleno y por unos servicios saturados. La gran apuesta de la conciliación y de la calidad de vida en los barrios obreros es convertir el conflicto en riqueza. Para ello, cuatro medidas son esenciales:

La primera consiste en dotar al barrio de centralidad y aumentar su sentimiento de orgullo, mediante la mejora e inversión en los espacios públicos y privados: desde ayudas a las comunidades de vecinos hasta intervenciones urbanísticas para dotar al barrio de mayor belleza y calidad. La calidad (en la creación de espacios, en el mantenimiento de los jardines, calles, transportes, en las inversiones pensadas y oportunas) es exactamente lo que necesitan los vecinos para evitar la degradación y el sentimiento de abandono. Si esto se realiza de forma participativa, dejando que las personas participen en las decisiones que afectan a su barrio, el efecto será mucho más preciso y dinámico. Si conjuga la inversión pública con la privada (ayudando a los pequeños negocios y servicios de proximidad) el efecto será mucho mayor.

La tercera medida consiste en cuidar los equipamientos y los servicios públicos. Frente a otras zonas menos densas, o donde las rentas medias se pueden permitir jugar con los sistemas de provisión públicos y privados (en educación o sanidad, por ejemplo), en los barrios populares, el contacto social se realiza en los equipamientos públicos. Si éstos son de calidad, si tienen recursos, disminuirá el sentimiento de competencia entre grupos y de saturación.

Por último, las personas que hemos entrevistado necesitan más ayudas orientadas específicamente a la formación y al empleo de las mujeres y a la conciliación: los cursos de formación deberían incorporar una ayuda para guardería; es necesario completar el horario escolar con actividades deportivas o extraescolares; disponer de servicios de entrada temprana en el colegio, etc. Las ayudas “estructurales” son mucho más favorables para las personas y las familias que las puntuales, pero la situación actual exige cierta flexibilidad en las ayudas y apoyos. Estudiar las necesidades y combinar las estructuras de apoyo (guarderías, centros de día, etc.) con las ayudas puntuales o temporales (visitas a los mayores, ayudas económicas, etc.) parece la solución más adecuada.

Convertir los bloques en barrios

En el segundo entorno que hemos estudiado, los problemas son de otro tipo. Se trata en general de barrios con buenas viviendas, bien urbanizados, con servicios de calidad no saturados y poblaciones muy homogéneas. Por ello mismo, suelen ser barrios visualmente monótonos, con poco sostén para el pequeño comercio y los negocios, donde la gente debe desplazarse para trabajar, para encontrarse, salvo que haga la vida

en la zona ajardinada del bloque. Al mismo tiempo, la privatización de la reproducción y de los cuidados sobrecarga a las mujeres y puede ocultar, en momentos de crisis social o personal, graves problemas que quedan encerrados entre las paredes de la casa.

Corregir estos sesgos implica intervenir. En las zonas nuevas mediante un diseño que incorpore la variedad, tanto en tipologías de vivienda (tamaño, precio, alquiler, etc.) como en la forma estética, evitando la desmoralización bajo la apariencia de orden de los desarrollos actuales. Es importante dotar a los bloques de zonas donde realizar la vida en contacto con la calle. Se pueden disponer pequeñas oficinas de alquiler para personas que trabajan en casa, autónomos o artesanos, sostener el pequeño comercio con facilidades, utilizar zonas para el juego de los niños que no sean necesariamente cerradas y opacas como son ahora.

Se trata en definitiva de reequilibrar el fuera y el dentro, lo público y lo privado, sabiendo que las personas necesitan ese equilibrio para vivir y participar en barrios que así dejarán de ser únicamente “desarrollos”. Buscar formas de participación en este tipo de urbanización es otra medida de fortalecimiento del espacio público.

Unifamiliares en red

El tercer modelo urbano estudiado es el más singular de todos, pero no preocupa políticamente porque sus habitantes suelen ser personas con rentas medias o altas con capacidad para solucionar privadamente los problemas de la conciliación. En estos barrios residenciales, ha triunfado la función única (residir) y la privacidad de los hogares frente al espacio público. Lo que no significa que éste no exista, de manera más abstracta, o que no sea necesario. Conciliar necesidades no es sólo lograr trabajar y tener una familia: el sentido de pertenencia, la necesidad de participación y de encuentro son también aspectos básicos de la conciliación.

De ahí que las administraciones jueguen en estos entornos un papel muy importante. En primer lugar, hemos visto el peso que tienen los equipamientos de todo tipo, -educativos, culturales, deportivos- en la cohesión social de las zonas de unifamiliares. Sabiéndolo, es básico diseñarlos y gestionarlos para este fin, más allá de su función específica. Crear zonas de encuentro e intermedias, fortalecer las asociaciones que nacen a su amparo, convertirlos en nodos sociales y de participación vecinal, que favorezcan el encuentro entre personas diferentes que no tienen plazas ni calles donde conocerse.

Pero además, las soluciones privadas pueden fallar y es importante innovar en los servicios de apoyo. La mayor parte de las soluciones informales que funcionan en la ciudad densa no funcionan en la dispersa red de los hogares, la densidad es demasiado baja, los medios públicos demasiado costosos. Sucede con el transporte como con otros servicios. Pero son muchas las cosas que pueden llevarse a cabo: rutas escolares para ir en bicicleta con seguridad; servicios de taxis colectivos para llevar a los jóvenes de noche a sus casas; banco del tiempo para intercambiar servicios y ayudas; dotación de espacios comunes, reservando parcelas para la autogestión vecinal, uso inteligente de nuevas tecnologías, formas comerciales innovadoras y negocios locales sostenidos por la administración, etc. Crear lazos de solidaridad y dar autonomía, sobre todo a los jóvenes, son dos objetivos que no se consiguen espontáneamente en zonas donde sólo hay casas y centros comerciales. De ahí que la innovación sea aquí tan importante.

En los tres ámbitos el objetivo es el mismo: recomponer el sentido de lo colectivo en momentos en que la privatización ha ido demasiado lejos. Lo que significa volver a pensar en el valor relativo de las cosas, poner en duda asunciones absolutas, como el modelo de maternidad imperante, y buscar nuevas soluciones públicas y privadas a problemas comunes. La forma de la ciudad y la intervención urbana no son sólo el sostén material de la vida, sino que, como se ha visto en el estudio, establecen complejas y ricas relaciones con los sentimientos de las personas, con la forma de sus decisiones y hasta con el núcleo más profundo de su bienestar o malestar.

IV. BIBLIOGRAFÍA.

Adam, B. (1989): "Feminist social theory needs time. Reflexions on the relation between feminist thought, social theory and time as an important parameter in social analysis", *Sociological Review*, 37 (3), pp. 458-473.

(1990): *Time and Social Theory*, Cambridge: Polity Press.

Alves Calio, S. (1992): "Re-ler a cidade ao feminino: uma proposta de reforma urbana do ponto de vista das mulheres", *Boletim de Geografia Teoretica*, 22 (43-44), pp.239-245.

Andrew, C. and Moore M. (eds.) (1991): *Life Spaces, Gender, Household, Employment*. Vancouver, UBC Press.

Armstrong, N. (1991): *Deseo y ficción doméstica*, Madrid: Cátedra Feminismos.

Augé, M. (2000): *Non places. Introduction to an Anthropology of Supermodernity*, Nueva York, Verso.

Balbo, L. (ed) (1991): *Tempi di vita*, Milan, Fratinelli.

Barros, C (2000): "Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad" en *Documents d'Análisis Geografica*, 37, 2000, pp. 81-94.

Belloni, C. (1986): *Il tempo della città. Una ricerca sull'uso del tempo quotidiano a Torino*. Milan: Angeli.

Betsky, A. (1995): *Building Sex. Men, Women, Architecture, and the Construction of Sexuality*. Nueva York: William Morrow and Company, Inc.

Booth, C., Darke, J. y Llenadle, S. (coord.), 1998: "*La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio*". NARCEA, S.A. DE EDICIONES. Madrid.

Borja, J. (2003): *La ciudad conquistada*, Madrid, Alianza Editorial.

Burnett, P. (1973): "Social change, the status of women and models of city form and development" en *Antipode*, 5, pp.57-61.

Carrasco, C. (1995): El treball domèstic i la reproducció social, *Documents d'Análisis Geografica*, 26, 1995, pp. 73-81.

Casado, E., Concepción, A., Gómez, E. (Eds.), 2006: "*Los desafíos de la conciliación de la vida familiar y profesional en el siglo XXI*". Editorial Biblioteca Nueva. Fundación José Ortega y Gasset. Madrid.

- Castells, M. (1995): *La ciudad informacional*, Madrid: Alianza Editorial.
- Certeau, *L'invention du quotidien*,
- Colomina, B. (ed.) (1997): *Sexuality and Space*, Princeton Papers on Architecture.
- Coontz, S. (1988): *The social origins of private life*, Londres: Verso.
- Cos, P. (1986): "Interior, privado, doméstico: entorno de mujeres", en A. García Ballesteros (coord.), *El uso del espacio en la vida cotidiana*, Madrid, Actas de las Cuartas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Universidad Autónoma.
- Daly, M. y Lewis, J. (2000): "The concept of social care and the Analisis of contemporary welfare status", *The British Journal of Sociology*, 51 (2ºcuatr.), pp. 281-298.
- Delgado, Manuel (1999): *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- Dialogos (2004): "Reconciliation of work and private life. Policy and good practices in Finland, France, Italy and The Netherlands". Países Bajos: The daily routine project.
- Díaz Muñoz, M.A. y Rodriguez Moya, J. (1989): "Spatial variations of the female and male labour force participation in the Madrid Metropolitan Area", *Espace, Populations, Sociétés*, 1989-1, pp.43-52.
- Díaz Muñoz, M. A. (1995): "Género y estructura urbana en los países occidentales", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 15, pp. 267-279.
(1989): "Hacia un modelo de diferenciación residencial urbana en España. La aportación del Análisis de Áreas Sociales y la Ecología Factorial", *Estudios Territoriales*, 31, pp. 115-134.
- Doucet, A. (1996): "Encouraging voices: Towards more creative methods for collecting data on gender and household labor", en Morris, L. Y Lyon, E.S. *Gender relations in public and private*, London: Macmillan.
- Droogleever Fortuijn J. (1995): "Les dones en entorns urbans i suburbans", *Documents d'Análisis Geografica*, 26, pp.83-95.
- Duffy, M.(2005): "Reproducing labor inequalities. Challenges for feminists Conceptualizing Care at the Intersections of Gender, Race, and Class.", *Gender and Society*, Vol. 19, Num 1, Febrero 2005.
- Durán, M. A. (1990): "El uso del espacio urbano en la vida cotidiana", *Espacio urbano y relaciones personales*, VVAA, Universidad de Valencia.
(1986): *La jornada interminable*, Barcelona: Icària.
- Dyck, I. (1990): "Space, time, and renegotiating motherhood: an exploration of the domestic workplace", *Environment and Planning D. Society and Space*, 8, pp. 459-483.

- England, K.V.L. (1991): "Gender relations and the spatial structure of the city", *Geoforum*, 22, 2, pp. 135-147.
- Eyles, J. (1985): *Sense of Place*, Warrington: Silverbrook Press.
- Esser, J. y Hirsch, J. (1989): "The crisis of fordism and the dimensions of a "postfordist" regional and urban structure" en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 13, núm. 3 (417-437).
- Femmes et villes and FCM, Michaud, A. (coord.) (1997): *Une ville à la mesure des femmes, le rôle des municipalités dans l'atteinte de l'objectif d'égalité entre hommes et femmes*. Montreal.
- Fernández-Martorell, M. (Ed.), 1988: "*Leer la ciudad*". ICARIA. Barcelona.
- Fine-Davis, M., Fagnani, J., Giovannini, D., Hojgaard, L. y Clarke, H. (2004): "Fathers and Mothers: Dilemmas of the Work-Life Balance. A comparative study in four european countries", *Social Indicators Research Series*, volumen 21, Kluwer Academic Publishers.
- Fisher, C.S. (1977): *Networks and Places. Social Relations in the Urban Setting*, New York, The Free Press.
- Fishman, R. (1987): *Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia*. New York, Basic Books.
- Folguera Crespo, P. (1982): "La presión del espacio urbano sobre la actividad cotidiana de la mujer: espacio interior y exterior", *Estudios Territoriales*, 5, pp. 107-124.
- Forrest, R. and Karns, A. (2001): "Social cohesión, Social Capital and the Neighbourhood" en *Urban Studies*, 38(12).
- Gamarnikow, E. (1978): "Introduction to Special Issue "Women an the City"", *International Journal of Urban and Regional Research*, 2, 3, pp.390-403.
- Garreau, J. (1991): *The edge city*. New York, Doubleday.
- Gilroy, R. And Booth, C. (1999): "Building infrastructure for Everyday lives". *European Planning Studies*, 7.3.
- Gehl, J. (2006): "La humanización del espacio urbano. La vida social entre los edificios. Edit. Reverté. Barcelona.
- Graham, S. y Marvin, S. (2001): *Splintering urbanism: networked infrastructures, technological mobilities and the urban condition*, New York, Routledge.
- Greed, C. (1994): *Women and Planning: Creating gendered realities*, London, Routledge.

- Hägerstrand, T. (1996): "Diorama, Path and Project" en Agnew, J, Livingstone, D. Y Rogers, A. (eds.) *Human Geography. An Essential Anthology*, Oxford, Blackwell.
- Hall, Peter (1996): *Ciudades del mañana: historia del urbanismo del siglo XX*, Ediciones del Serbal.
- Hannerz, U. (1991): *Exploración de la ciudad*, México, FCE.
- Hanson, S. y Pratt, G (1995): *Gender, work and space*, USA y Canadá, Routledge.
- Hayden, D.(1984): *Redesigning the American Dream*, Nueva York: W.W. Norton.,
 (1981): *The Grand Domestic Revolution*, Cambridge, Mass: The MIT Press.
 (2000): *Model Houses for the Millions: The Making of the American Suburban Landscape, 1820-2000*, Lincoln Institute for Land Policy. Working Paper.
- Hays, S. (1998): *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Barcelona, Paidós.
- Herrero, Luis F. (ed.) (2005): *Participación ciudadana para el urbanismo del siglo XXI*. Valencia, ICARO.
- Hewitt, O (1993): "About time. The Revolution in Work and Family Life", *Work, Employment and Society*, 7, pp. 629-642.
- Horelli, L. (2002) "A methodology of participatory planning" en Bechtel, R. and Churchman, A (eds.): *Handbook of Environmental Psychology*, John Wiley.
- Indovina, F. (1998): "Algunes consideracions sobre la "ciutat difusa", en *Documents d'Análisis Geografica*, nº 33, 1998, pp. 21-32.
- Izquierdo, J. Con Del Río, O. y Rodríguez, A. (1988): *La desigualdad de las mujeres en el uso del tiempo*. Madrid, Instituto de la Mujer/Ministerio de Asuntos sociales..
- Jacobs, J. (1973): *Muerte y vida de las grandes ciudades americanas*. Barcelona, Península.
- Joseph, I. (1984): *El transeúnte y el espacio urbano*, Barcelona, Gedisa.
 (1998): *La ville sans qualités*, Paris, Éditions de l'aube.
- Karsten, L. (1995): "El paper actiu de les dones en la creació de llocs d'esbarjo: sobre la identitat, les xarxes de relació i el canvi", *Documents d'Análisis Geografica*, 26, 1995, pp. 123-133.
- Katz, C. y Monk, J. (1993): *Full Cirles, Geographies of women over the life course*, London y New York: Routledge.
- Leal Maldonado, J. (1993): *La estructura residencial de la Comunidad de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía.
- Leccardi, C. (1996): "Rethinking Social Time: Feminist Perspectives", *Time and Society*, 5 (2), pp. 169-186.

- Lefebvre, H. (1971): *Everyday life in the modern world*, Nueva York: Harper & Row.
- Le Nove (1990): *Le donne nella città: tempi, bisogni e servizi. Rapporto di ricerca*. Mòdena: Comune di Modena.
- Lehrer, Ute Angelika (1994): "Images of the periphery". En *Environment and Planning D: Society and Space*, vol.12, (187-205).
- Little, J. (1994): *Gender, Planning and the Policy Process*, Pergamon.
- Little, J, Peake, L., y Richardson, P. (eds.) (1988): *Women in cities: Geography and gender in the urban environment*, Basingstoke, MacMillan.
- Lynch, K. (1998): *Good City Form*, Cambridge, The MIT Press.
- MacKenzie, S. (1989): "Reestructuring the relations of work and life: women as environmental actors, feminist as geographical analysis", en Kobayashi, A. y MacKenzie, S. (eds.) *Remaking human geography*, Boston/Londres: Unwin Hyman.
- Matrix (1984): *Making Space: Women and the man made environment*. London, Pluto.
- McDowell, L. (1993): "Space, place and gender relations: part I. Feminist empiricism and the geography of social relations", *Progress in Human Geography*, 17: 2, pp.157-159.
- (1983): "Towards an Understanding of the Gender Division of Urban Space", *Environment and Planning D.Society and Space*. 1, 1, pp.59-72.
- Massey, D. (1994): *Space, place and gender*, Cambridge, Polity Press.
- Ministry of Social Affairs and Employment in the Netherlands (2002): *Daily Routine Arrangements, Experiments in the Netherlands*, La Haya.
- Monclús, F. J. (1998): *La ciudad dispersa*, Barcelona: Centre de Cultura Contemporànea de Barcelona.
- Muñoz, F. (2005): "La producció residencial de baixa densitat" en *Elements de debat territorial* nº 21, Barcelona: Diputació de Barcelona.
- Narotzky, S. (2001): "El afecto y el trabajo: la nueva economía, entre la reciprocidad y el capital social", *Archipiélago*, 48.
- Paravacini, U. (1990): *Habitat au féminin*. Lausana: Editions Polytechniques et universitaires romandes.
- Pesquera, B. (1997): "In the beginning he wouldn't even lift a spoon", en Lamphere, L. Ragone, H. Zavella, P. *Situated lives: Gender and culture in everyday life*, London, Routledge.

Prats i Ferret, M.; García Ramón, M.D. y Cánoves Valiente, G. (1995): *Las mujeres y el uso del tiempo*. Madrid: Instituto de la Mujer/Ministerio de Asuntos sociales.

Prats i Ferret, M. (1998): “Gènere, ús del temps i geografia: un estat de la qüestió”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 32, 1998.

Prats, M. García Ramón, M.D. y Cánoves, G. (1995): “El uso del tiempo en la ciudad. Un enfoque cualitativo y de género”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 14, pp.63-78.

Pratt, G. y Hanson, S. (1988): “Gender, class and space”, *Environment and Planning D. Society and Space*. 6, pp.15-35.

(1991): “On the links between home and work: family-housed strategies in a buoyant labour market”, *International Journal of Urban and Regional Research*, 15, pp. 55-74.

Ravaioli, C. (1986): *Tempo da vendere. Tempo da usare. Lavoro produttivo e lavoro improduttivo nella società microelettronica*. Milan: Franco Angeli.

Relph, E. (1987): *The modern urban landscape*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

Rémy, J. Y Voye, L. (1992): *La ville, vers une nouvelle définition?*, Paris, L’Harmattan.

Rinaldi A. (1991): “Tempo i orari nella città: l’esperienza di Modena”, *Prisma*, 23.

Romero, M. (1997): “Who takes care of the Maid’s Children? Exploring the costs of domestic service” en Nelson, H.L. *Feminism and Families*, Nueva York y Londres, Routledge.

Rothblatt, D.N., Garr, D.J., Sprague, J. (1979): *The suburban environment and women*, Nueva York: Praeger.

Sabaté, A. (1995): “Diferencias territoriales y análisis de género. Un enfoque global” en Tobío C., Henche, C., *El espacio según el género: ¿un uso diferencial?*, Madrid. Dirección General de la Mujer.

Saegert, S (1980): “Masculine cities and feminine suburbs: polarized ideas, contradictory realities”, *Women and the American City*, ed. Stimpson, Chicago: The University of Chicago Press.

Sánchez de Madariaga, I. (2002): “Las dimensiones urbanas de la conciliación de vida laboral y vida familiar”, en *Conciliar la vida, tiempo y servicios para la igualdad*, Madrid, Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid.

Santos Preciado, J. M. (2000): “Las periferias urbanas y la organización de la ciudad actual: el caso de Madrid”, *Ciudad y Territorio*, XXXII, (126), pp. 669-688.

Sassen, S. (1991): *The global city*, N.J., Princeton University Press.

- Smith, Neil (1996): *The New Urban Frontier, Gentrification and the Revanchist City*. Londres: Routledge.
- Solsona, M. I Treviño, R (1995): “Activitat, maternitat i paternitat a l’Europa comunitària”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 26, 1995, pp. 191-207.
- Sorkin, M (1992): *Variations on a theme park- the new american city and the end of public space*, Hills Wange, N.Y.
- Spain, Daphne (1993): *Gendered Spaces*, Chapel Hill: University of Carolina Press.
 (2001) *How women saved the city*. Minneaolis: University of Minnesota Press.
 (2003) *Make beleieve Municipalities: A Settlement House Experiment in Promoting Citizenship*. Documento presentado durante la conferencia anual de la Society of American City and Regional Planning History. St. Louis MO.
- Sullivan, O. (2004): “Changing gender practices within the household”, *Gender and Society*, Vol 18, Num 2, Abril 2004.
- Tivers, J. (1985): *Women attached. The daily lives of women with young children*. Londres: Croom Helm.
- Tobío, C. (2002): “”Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras” en *Conciliar la vida, tiempo y servicios para la igualdad*, Madrid, Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid.
 (1996): “Zonificación y diferencias de género”, *Astrágalo*, 5, 54-60.
- Tobío, C. (2005): “*Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*”. Ediciones Cátedra. Madrid.
- Vinay, P. (1995): “Done i treball: de la flexibilitat informal a la nova organització del temps. El cas d’Itàlia.”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 26, 1995, pp.233-242.
- Wates, N. y Knevitt, C. (1987): *Community architecture*. Londres: Penguin.
- Wekerle, G. (1984): “A women´s place is in the city”, *Antipode*, 16, pp. 11-19.
- WGSG (Women and Geography Study Group) (1997): *Feminist Geographies*, Londres: Longman.
- Wright, David J. (2001): *It takes a Neighborhood, Strategies to Prevent Urban Decline*, Nueva York.